EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Nº 48 (2017), páginas 5-37

Andrés González Gómez

Universidad de Alicante

El materialismo histórico contra el cientificismo

Resumen:

La «Historia de la Ciencia» es la «fase» madura de la «Historia de la Producción» del «mito del Mundo». En esta «fase» de su madurez, protagonizada por el desarrollo histórico de las ciencias, la «Producción del mito del Mundo» vuelve a la primaria «fase» de su más tierna infancia metafísica, la que se corresponde con el ciclo que completó el desarrollo histórico de la proto-filosofía presocrática. El proceso histórico de la «Producción del mito del Mundo» vuelve así a su punto de partida. Diremos por ello que, en el desarrollo histórico de su «Producción», el «mito del Mundo» ha resultado finalmente estar «encauzado» por el proceso *revolucionario* de *transformación idéntica.* El «cauce fundamental» a través del que se ha desarrollado esta revolucionaria transformación idéntica del proceso histórico de «Producción del mito del Mundo» ha sido la dogmática fundamentalista de la «teología revelada» del cristianismo católico. La "nueva" ontología fundada por Marx sobre la «Idea de Producción» abrió un nuevo «cauce fundamental» para el desarrollo de la «Historia de la Producción» del «mito del Mundo». Por este nuevo «cauce fundamental» abierto por Marx para el desarrollo de la «Historia de la Producción» del «mito del Mundo», se desarrolla el *materialismo filosófico* de Gustavo Bueno.

Palabras clave: materialismo, cientificismo, historia, mito, Marx

Abstract:

The «History of Science» is the mature «phase» of the «History of Production» of the «myth of the World». In this «phase» of its maturity, which is the historical development of the sciences, the «Production of the myth of the World» returns to the primary «phase» of its most tender metaphysical childhood, which corresponds to the cycle that completed the historical development of pre-Socratic proto-philosophy. The historical process of the «Production of the myth of the World» thus returns to its starting point. We will say that in the historical development of its «Production» the «myth of the World» has finally been «channeled» by the *revolutionary* process of i*dentical transformation.* The «fundamental channel» through which this identical revolutionary transformation of the historical process of «Production of the myth of the World» has developed has been the fundamentalist dogma of the «revealed theology» of Catholic Christianity. The «new» ontology founded by Marx on the «Idea of Production» opened a new «fundamental channel» for the development of the «History of Production» of the «myth of the World». For this new «fundamental channel» opened by Marx for the development of the «History of Production» of the «myth of the World», develops the philosophical materialism of Gustavo Bueno.

Keywords: Materialism, Scientificism, History, Myth, Marx

EL BASILISCO

Fundador

Gustavo Bueno

Director

Gustavo Bueno Sánchez (Universidad de Oviedo)

Secretaría de Redacción

Daniel Guardiola (Fundación Gustavo Bueno)

Consejo de Redacción

Ismael Carvallo (Facultad de Filosofía de León, México)
Jesús G. Maestro (Universidad de Vigo)
José Arturo Herrera Melo (Universidad Veracruzana, México)
Patricio Peñalver (Universidad de Murcia)
Elena Ronzón (Universidad de Oviedo)
Pedro Santana (Universidad de La Rioja)

Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados por miembros del Consejo de Redacción Revista evaluada por pares
EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral. Véanse las normas para los autores en: http://www.fgbueno.es/edi/basnor.htm

http://www.fgbueno.es/bas
basilisco@fgbueno.es

ISSN: 0210-0088
Depósito Legal: O-343-78

© Fundación Gustavo Bueno * Avenida de Galicia 31 * 33005 Oviedo (España)

El materialismo histórico contra el cientificismo

Andrés González Gómez
Universidad de Alicante

§1. Introducción

Es imposible ocultar que la charla que di en la *Escuela de Filosofía* de la Fundación Gustavo Bueno el pasado 27 de marzo de 2017 con el título *El materialismo histórico contra el cientificismo*, suponía una apuesta muy arriesgada por mi parte porque implicaba tratar de hacer ver cómo se *remueve* la filosofía del *Materialismo Filosófico* de Gustavo Bueno cuando se enfrenta a la cuestión de los fundamentos y de la verdad de los fundamentos.

Pero yo tenía que asumir correr ese riesgo, porque *El materialismo histórico contra el cientificismo* es una apuesta personal de combate dialéctico contra la dogmática filosófica de una forma de fundamentalismo con la que tengo que enfrentarme prácticamente todos los días, dadas las responsabilidades propias del trabajo que desempeño como profesor de filosofía en el bachillerato. Y además yo era plenamente consciente de que este *remover* la filosofía del *Materialismo Filosófico* de Gustavo Bueno no era una cosa mía, es decir, ningún empeño subjetivo mío orientado a la demolición de dicha filosofía con objeto de incorporarla a una propia y superarla en ella. Cosa esta verdaderamente absurda porque yo no tengo ninguna filosofía propia con la que pretender hacer eso. No era esto. Pero yo sabía que se me acusaría de esto. Qué duda cabe. Pero la cosa es que yo había escuchado al propio Gustavo Bueno afirmar en una de sus *lecciones* que la cuestión de los fundamentos obligaba a *remover* todo el sistema del materialismo filosófico.

El materialismo histórico contra el cientificismo era un intento por mi parte de entender ese *removerse* el sistema del materialismo filosófico cuando se trata desde él la cuestión de los fundamentos y de la verdad de los mismos, en términos de un *movimiento dialéctico* del propio sistema del materialismo filosófico en su *confrontación con los fundamentalismos*, en este caso, con el fundamentalismo científico. Y yo era consciente de que tras intentar mostrar el posible significado dialéctico de este movimiento que el propio sistema del materialismo filosófico hace removiéndose en su confrontación con el fundamentalismo científico, se me acusaría de intento de demolición del sistema del materialismo filosófico y que, tras esa acusación, me tocaría seguir afirmando ante los acusadores: "y sin embargo, se mueve".

El materialismo histórico contra el cientificismo es pues una apuesta personal cuyos riesgos yo entendí que debía asumir, en la medida en que yo me considero parte de ese difuso «público disperso» no especializado ni agrupado atributivamente en gremio profesional o grupo social alguno, que la educación filosófica (se supone) busca constituir como un «tribunal popular» capaz de someter a los políticos que «educan a la ciudadanía» a través del Estado al que conciben como el único agente legítimo «educador del pueblo», a un severo juicio crítico de su nefasta actividad pedagógica para la salud del cuerpo político de la Nación, mi Nación, España.

En definitiva: ponerme a "remover" la filosofía del *Materialismo Filosófico* de Gustavo Bueno para poder usarla yo mismo personalmente como arma de combate dialéctico contra el cientificismo (con el que me encuentro prácticamente todos los días operando a través de ese fractal de la Nación que son los alumnos

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

que cursan la asignatura de Filosofía en el bachillerato), tenía el riesgo de que se me acusara a su vez a mí, por parte de algún otro «tribunal», de estar *destruyendo* con dicha remoción el arma con la que yo mismo pretendo, a su vez, *destruir* a mi adversario dialéctico.

Un adversario dialéctico, el fundamentalismo científico expansivo o «imperialista», al que no considero peligroso, en ningún sentido, para la salud del cuerpo de doctrinas filosóficas dentro del cual permanezca custodiada la verdad de ninguna supuesta filosofía verdadera, sea ésta del tipo que sea. La peligrosidad del fundamentalismo científico la tengo siempre a la vista dada en relación a la salud del cuerpo político de mi Nación, España. Y la tengo siempre a la vista en relación a esto, porque considero que el fundamentalismo científico y el fundamentalismo democrático, forman una "pinza fundamentalista" con la que se opera sobre el cuerpo político de mi Nación, dañando seriamente con ella su salud pública en lo referente a la educación filosófica que sus futuros ciudadanos deben tener para saber defenderla, de forma razonada, como miembros del mismo «tribunal popular» del que yo me considero simplemente una parte integrante más dispersa entre otras.

Este resumen escrito de las tesis sostenidas por mí en la lectura del *El materialismo histórico contra el cientificismo* no es, en modo alguno, un escrito de defensa mía ante la acusaciones de ese «tribunal» que me acusa de estar destruyendo con ellas a la filosofía del *Materialismo Filosófico* de Gustavo Bueno, lanzando contra mí «sentencias» en forma de groseros argumentos *ad hominen* verdaderamente nauseabundos. Ante las acusaciones y «sentencias» de este «tribunal» no me defiendo aquí con este escrito. Aquí, en este escrito, lo único que digo sobre ellas es que ante ellas declaro abiertamente estar en descarada situación de «rebeldía procesal», porque no logro entender como alguien como yo puede suponer peligro alguno, para la salud del cuerpo de doctrinas filosóficas dentro del cual permanezca custodiada *la verdad* de ninguna supuesta filosofía verdadera, en este caso, al parecer, la filosofía verdadera del *Materialismo Filosófico* de Gustavo Bueno.

De modo que una vez dicho lo anterior y parafraseando a Marx, ofrezco aquí a los lectores este resumen escrito de las tesis sostenidas por mí en la lectura del *materialismo histórico contra el cientificismo*, afirmando en relación a él que:

> Acogeré con los brazos abiertos todos los juicios de la crítica científica. En cuanto a los prejuicios de la llamada *opinión pública*, a la que jamás he hecho concesiones, seguiré ateniéndome al lema del gran florentino:
>
> *Segui il tuo corso, e lascia dir le genti!*

§2. El cuerpo de las ciencias y el mundo compactado por ellas

Hablar del *materialismo histórico contra el cientificismo* suponía por mi parte una apuesta muy arriesgada, en primer lugar, sobre todo, porque la charla dada por mí bajo ese título pretendía ofrecer una visión global de la estructura real del cuerpo de las ciencias. Y ofrecer una visión global de la Idea de «cuerpo de una ciencia» suponía por mi parte asumir un riesgo, porque ofrecer dicha Idea exige tener que afrontar una de las cuestiones filosóficas más comprometidas para la filosofía de la ciencia, a saber: la cuestión de la «realidad del mundo exterior», de sus fundamentos y de la verdad de dichos fundamentos. Y afrontar esta cuestión implica tener que asumir riesgos, porque afrontarla nos mete de lleno en el análisis de las razones por las que el fundamentalismo científico intercategorial o expansivo es, verdaderamente, una forma de dogmatismo filosófico-mundano muy peligroso (en el sentido anteriormente indicado en la Introducción).

Afrontar la cuestión de la «realidad del mundo exterior», de sus fundamentos y de la verdad de dichos fundamentos en relación con la cuestión del análisis del «cuerpo real de las ciencias» exige, a mi juicio, hacer algo de lo que posteriormente hay que extraer consecuencias prácticas acerca del modo en el que uno tiene que posicionarse personalmente ante la «actitud imperialista» del fundamentalismo científico. Exige –y esta es la cuestión central del *materialismo histórico contra el cientificismo*– hacer un *juicio crítico de valor* sobre la globalidad constitutiva del *hecho histórico-institucional* (*normativo*) que, al mismo tiempo que *produce* la estructura trascendental (ya descubierta por Platón) del estado morfológico del mundo *antrópico* (antrópico porque el «espacio» que abarca o contiene a este *mundo realmente existente* íntegramente conceptualizado es el «espacio antropológico»), *produce* también al alimón, y sin solución de continuidad alguna, la *legislación* filosófico-mundana que establece las normas relativas al tipo de *valoración* que necesariamente debe hacerse para que «todo el mundo» asuma, sin desobedecer, la validez de la fuerza de obligar que este hecho normativo mismo tiene para imponer su derecho positivo a sostener, con sus *propios fundamentos*, la realidad de un *mundo verdadero*. Este «hecho que *hace* derecho» es, como es bien sabido, el *hecho de la pluralidad parcialmente discontinua de las categorías científicas ontológicas* (a partir de ahora, para abreviar, «el hecho de la ciencia» y el *mundo hecho* por ese «hecho»)

En su globalidad constitutiva este «hecho que hace derecho» es la *historia* de una «familia de instituciones» («la familia de las instituciones científicas») que, constituida en el «espacio antropológico» como

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

«República de las Ciencias», se ha *apropiado* de toda la *categoricidad universal* del material por el que se entreteje dicho espacio (el material arrojado a él por la materia de las instituciones), y la está *produciendo* bajo la *particular* forma racional de la *categoricidad científica*. Esta *Historia* es la *historia gnoseológica* de la *Ciencia*. La historia de la ciencia que los filósofos de la ciencia podrían escribir inspirados por el aforismo de Heráclito, según el cual, *la guerra es el origen de todas las cosas*.

El materialismo histórico contra el cientificismo trató de hacer ver que esta historia gnoseológica de la ciencia es la *historia ontológica* del «Imperio del Hombre» que la «República de las Ciencias» es en realidad, cuando la realidad del «cuerpo de las ciencias» es analizada desde el «análisis institucional de las ciencias» que pude (y debe) hacerse, desde la «perspectiva dogmática o doctrinal» del materialismo gnoseológico que su propia «perspectiva crítico-propedéutica» (ya expuesta en su totalidad desde el punto de vista del «análisis gnoseológico de las ciencias») supone *ya implícita* en ella. Y aquí es donde nos encontramos de nuevo con la cuestión central del *materialismo histórico contra el cientificismo*, porque en la charla impartida bajo ese título lo que yo traté de hacer ver es que el «análisis (gnoseo-) lógico» del cuerpo de las ciencias y el «análisis (histórico-) material» de dicho cuerpo, se entretejen (sin confundirse) anudando en la profundidad de la estructura real del campo de las categorías científicas el «cuerpo lógico-material» de las ciencias realmente existentes.

Si por proponerme *destruir o deshacer* –como veremos a continuación– el «Imperio del Hombre» desde el *materialismo filosófico*, no ya considerado *en sí mismo* en *abstracto* como tal materialismo filosófico *absoluto* sino en la *medida* en que «el materialismo filosófico se *remueve* aproximándose, hasta confundirse con él, con el materialismo histórico» (y cito *literalmente* aquí a Gustavo Bueno) he recibido la injusta acusación de estar en realidad destruyendo el *materialismo filosófico* mismo, ahora por proponerme –asumiendo riesgos, qué duda cabe– *re-construir* o *rehacer* el «cuerpo de las ciencias» para ofrecer de ellos una visión global de su estructura real desde una Idea *dialéctica* del mismo, se me acusará también de estar destruyendo el *materialismo gnoseológico*. Y tiene uno la sensación de estar siendo visto como si fuera un elefante que se ha metido en una cacharrería.

Pero aquí –como ya dije en la Introducción– no voy a defenderme de estas acusaciones basadas seguramente en meros prejuicios de intenciones. Sería absurdo hacer eso. Lo que voy a hacer aquí es simplemente exponer un resumen escrito del *ataque* frontal y decidido al cientificismo imperialista desde las tesis del *materialismo histórico (-filosófico)* defendidas por mí en la charla que ofrecí en la *Escuela de Filosofía* de la Fundación Gustavo Bueno el pasado 27 de marzo de 2017.

Inspirado por la filosofía de Platón (sobre todo por la que Platón expone principalmente en *El Sofista*) y por la filosofía de Marx (sobre todo por la que Marx expone principalmente en *El Capital*) hace ya algún tiempo que me propuse ponerme a investigar si la *verdadera* ontología materialista no era otra cosa, en realidad, que una *ontología de la apropiación y producción histórica* de la *Idea de Materia* por parte del «Imperio del Hombre» (iremos viendo en adelante el significado que tiene esto). Y persuadido de que esto, efectivamente, podía ser así, *decidí usar* dialécticamente esta *verdadera* ontología (que no ontología *verdadera*) como arma de destrucción masiva *contra* el «Imperio del Hombre», dispuesto a *desobedecer* abiertamente a la legislación filosófico-mundana que lo sostiene, y que no es otra que la producida *nematológicamente* por la dogmática filosófica del fundamentalismo científico intercategorial o expansivo de carácter imperialista.

Destruir el «Imperio del Hombre» es *deshacer* dialécticamente la *falsa apariencia* de *mundo verdadero* que el «hecho de la ciencia» mismo *produce*, con todo el «derecho» que la realidad del propio *mundo hecho* por él le reconoce.

Y aquí vuelve, de nuevo, la cuestión central del *materialismo histórico contra el cientificismo*: que *deshaciendo* dialécticamente la falsa apariencia de mundo verdadero que el «hecho de la ciencia» *hace* (produce) con objeto de destruir con ese deshacer dialéctico al «Imperio del Hombre», es como yo he podido ponerme a intentar *rehacer* dialécticamente la Idea global de «cuerpo de una ciencia».

El materialismo histórico contra el cientificismo supone, por tanto, que no hay este *rehacer* dialécticamente la Idea global de «cuerpo de la ciencia», sin el *deshacer* dialécticamente la falsa apariencia de un mundo verdadero que el «hecho de la ciencia» mismo produce, tan efectivamente como produce verdades científicas efectivas que nadie en su sano juicio pone en duda.

El materialismo histórico contra el cientificismo trata de *rehacer* el cuerpo real de las ciencias *deshaciendo* el mundo que las ciencias *realmente existentes* hacen. Rehacer (tejer) y deshacer (destejer), deshacer (destejer) y rehacer (tejer). ¿No es eso lo que Platón nos enseña que es la dialéctica? Pues dialéctica es lo que yo me propuse hacer a la hora de ponerme a investigar (por mi cuenta y riesgo) sobre estas cuestiones. Y el *materialismo histórico contra el cientificismo* es el resultado de mis investigaciones.

Un resultado que se expone aquí ahora mismo muy brevemente y de la forma más clara posible: que para rehacer el cuerpo real de las ciencias hay que deshacer el mundo que las ciencias hacen, porque el mundo hecho por las ciencias es un *mundo aparente*; el mundo que las ciencias hacen, lo hacen produciendo la falsa apariencia

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

de estar haciendo un *mundo verdadero* que *realmente es* un *mundo falso*. Y afirmar esto no es poner en duda las verdades que las ciencias producen cuando de verdad las producen de hecho, porque dichas verdades que lo son efectivamente, de hecho, no son de hecho verdades que nos digan absolutamente nada sobre la cuestión de la realidad del mundo, sus fundamentos y la verdad o falsedad de los mismos. Y afirmar lo contrario es ya conceder demasiado al enemigo: el fundamentalismo científico. Y al enemigo el *materialismo histórico contra el cientificismo* no le concede nada en ese sentido. Absolutamente nada.

Hay otras formas de criticar el fundamentalismo científico que si conceden bastante a "lo criticado" en este sentido. Pero el *materialismo histórico contra el cientificismo* no. No concede nada en este sentido. En consecuencia con ello, el *materialismo histórico contra el cientificismo* se enfrenta también a "las críticas" al fundamentalismo científico que le conceden algo de verdad a «la ciencia» en esta cuestión de la realidad del mundo exterior, sus fundamentos y la verdad de los mismos.

De modo que *El materialismo histórico contra el cientificismo* ni es un escepticismo ante las verdades científicas ni pone en duda la «perspectiva crítica» que de dichas verdades científicas nos ofrece el «análisis gnoseológico» de las mismas ofrecido por la «perspectica propedéutica o proemial» del materialismo gnoseológico (ya expuesta por los cinco volúmenes de la *Teoría del Cierre Categorial* ya publicados). No es nada de esto.

Lo que sí anida en el fondo de las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* –como se irá viendo a lo largo de este resumen escrito de las mismas– es un *escepticismo del deshacer* referido a ese deshacer el mundo que las ciencias hacen, y que es preciso llevar a cabo para rehacer el funcionamiento real del cuerpo de las ciencias en ese mismo mundo realmente existente hecho por ellas que hay que deshacer para poder rehacerlas. Se trata de un escepticismo no filosófico-académico, si se lo quiere ver así, desde luego; un escepticismo no filosófico-académico que da por supuesto que el saber filosófico no es realmente un verdadero saber efectivo cuando se ve *obligado*, por las circunstancias histórico-políticas que lo envuelven y determinan, a tener que trasladar las Ideas de racionalidad y de dialéctica a un supuesto «reino de los discursos» disociado de otro supuesto «reino de las decisiones». Porque aunque ese «reino de los discursos» no es ningún "mundo irreal", sino todo lo contrario, su realidad no existe disociada del «reino de las decisiones» porque dicha existencia disociable no es posible.

Como Gabriel Albiac según Gustavo Bueno (en la dedicatoria que Gustavo Bueno le hace a Gabriel Albiac en *El panfleto contra la democracia realmente existente*, y que aparece en el encabezamiento de este escrito), yo también soy más amigo de Platón que de la verdad. Y seguramente eso se debe a que llevo un buen puñado de años leyendo a Marx, y lo que de él he aprendido, sobre todo, es que tiene uno que mantener siempre un cauteloso *escepticismo* ante la desinteresada «voluntad de verdad» que mueve a "los filósofos" a cultivar con «pasión por lo verdadero» su platónica disciplina en el «reino de los discursos». Este escepticismo, platónico en el fondo (no hay más que leer la Carta VII para darse cuenta de ello), es el escepticismo que sí reconozco que está en el fondo de las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*.

En buena medida –debo reconocerlo también– este resumen escrito del *materialismo histórico contra el cientificismo* es también un breve *panfleto contra la ciencia realmente existente* escrito desde un cauteloso *escepticismo* no ya del saber, sino del hacer, en la medida que en que el saber y el hacer son lo mismo, y el saber-hacer propio de la filosofía (de la dialéctica) consiste en un rehacer tras deshacer y la «voluntad de verdad» que mueve a los "los filósofos", por lo visto, no es «voluntad de deshacer» nada y, por tanto, nada hay tampoco que se tenga que *rehacer*, salvo en ese «reino de los discursos» "que existe" aparentemente disociado del «reino de las decisiones».

Por tanto aquí, sobre el papel, en este escrito, se propone un rehacer el cuerpo real de las ciencias deshaciendo la realidad que estos cuerpos conforman con su entretejimiento dialéctico. Pero esto es solo un discurso que puede ser en cualquier momento deshecho, porque quien lo hace –en este caso yo– no puede saber que lo que hace es infalible. Esto ni siquiera sabemos si podemos saberlo. Que se lo digan a Kant, cuyo discurso es hoy infalible por la fuerza de los hechos que se nos imponen desde un «reino de las decisiones» que es ya, él mismo, el «reino de su discurso». Ignoramos e ignoraremos siempre.

El materialismo histórico contra el cientificismo sostiene –según todo lo anteriormente dicho– una tesis sin duda muy arriesgada por el peligro que supone, en este caso para mí, defenderla, a saber: que una *ontología verdadera* de la Materia concebida como *fundamento* de la realidad del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia», es una ontología materialista que está reconociendo al «hecho de la ciencia» su «derecho» a producir esta *falsa apariencia* de *mundo verdadero*. Y reconocer al «hecho de la ciencia» ese «derecho» que él mismo hace, produce, es estar dispuesto a no desobedecerlo, que es lo que tiene que hacer (se supone) la filosofía académica respecto de la filosofía mundana legisladora de la razón, cuando no reconoce en su legislación racional canon de verdad alguno.

¿Por qué? Porque desde esta ontología verdadera de la Materia se está defendiendo –a mi juicio– que la apariencia objetiva *producida* necesariamente de forma espontánea por el propio *mundo hecho* por las ciencias,

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

es la *verdadera apariencia* de la producción misma de la Materia que estaba ahí, ya dada, con *anterioridad lógico-material* a la *constitución histórica* del «hecho lógico-material» mismo que constituye el hacerse de nuestro *mundo antrópico* durante el desarrollo procesual de nuestro presente práctico, egocéntrico o formal: el «hecho que hace derecho» de la *symploké* de las ciencias positivas realmente existentes.

Desde esta ontología verdadera de la Materia concebida como *fundamento* de la realidad del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» se está defendiendo eso. Pero defender eso es *suponer* que, con anterioridad lógico-material a la existencia del actual estado morfológico del mundo antrópico de nuestro presente práctico, hay dado un Mundo (M_i) previo en el que la Materia (M) que las verdades científicas nos están *desvelando* o *descubriendo* hoy en nuestro presente práctico, estaba también ya dada como entorno envolvente en estado lisológico del estado morfológico de dicho supuesto Mundo previo dado con anterioridad lógico-material al estado morfológico de nuestro mundo antrópico actual. Defender eso es *suponer*, es decir, es poner un supuesto o *hipótesis* de la que, a su vez, se supone *a priori* que es una *tesis* verdadera. Lo que quiero decir es que al defender eso, lo que se está haciendo es incurrir en el círculo vicioso de la petición de principio. Que defender eso es una falacia.

Las tesis que *El materialismo histórico contra el cientificismo* sostiene no van pues únicamente dirigidas directamente, en ataque frontal, contra el fundamentalismo científico. Van también dirigidas apagógicamente contra "los filósofos" que defienden eso. ¿Por qué? Porque la falacia en la que incurren al defender eso, es una *falsa apariencia* de la verdadera «voluntad de verdad» que debiera mover a los filósofos que de verdad tienen «pasión por lo verdadero», es decir: *disciplina platónica*. Y yo estoy persuadido de que la filosofía de Gustavo Bueno es *disciplina platónica* en estado puro. En la medida de mis posibilidades he tratado de seguir su ejemplo a la hora de disponerme a *rehacer* el cuerpo real de las ciencias *deshaciendo* el mundo que las ciencias *realmente existentes* hacen. El resultado es *El materialismo histórico contra el cientificismo*, una producción más, entre otras, en el «reino de los discursos». Algo completamente inofensivo que, sin embargo, paradójicamente, parece haber ofendido a un buen puñado de gente. Cosa ésta, para mí, verdaderamente incomprensible.

En el odio dirigido hacia la falsedad se fragua la verdadera «pasión por lo verdadero», y la realidad del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» es la realidad de una inmensa «caverna platónica» tan repleta de mercancías, que no queda hueco en ella para la apariencia eléatica de vacío. Ese vacío en el que es y actúa la ausencia sensible de un plenum energético, no lo estamos dejando abierto como *no-distancia* o como distancia *no-medible* a escala antrópica. Ese vacío aparente lo estamos llenando de mercancías creyendo, con una falsa conciencia objetiva, que somos nosotros, en tanto que organismos corpóreos, las unidades de medida del valor ontológico de las mercancías, cuando en realidad son las mercancías mismas las que, en sus relaciones objetivas, dadas con independencia o por encima de nuestra inteligencia y voluntad, nos imponen la medida del valor ontológico que tenemos en tanto que hombres históricos. Que la escala a la que se recorta la realidad de nuestro mundo sea la escala antrópica, no significa que la racionalidad de las operaciones humanas sea la unidad de medida de la realidad de las cosas, sino que la realidad de las cosas mismas es la unidad de medida que se le impone objetivamente al hombre para valorar la racionalidad de sus operaciones.

Creemos estar produciendo cosas *para que* nos permitan medir la distancia que separa la realidad del *mundo de las cosas* que producimos de la realidad de la Materia. Y esa creencia nos la impone el *modo de producción* de las cosas mismas, que además de generar una producción de cosas sin limitación alguna, produce también la falsa conciencia objetiva que dicha creencia implica. Y esta falsa conciencia objetiva es la falsa apariencia de la realidad de la Materia que el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» produce. Porque la Materia es la *no-distancia* alguna entre su realidad y la realidad del *mundo de las cosas* (de los estromas), la realidad de nuestro antrópico «mundo de las mercancías».

La tesis ontológico general que *El materialismo histórico contra el cientificismo* sostiene es pues la siguiente: que la negatividad a la que se refiere la *no-distancia* entre la realidad del «mundo de las mercancías» (nuestro mundo realmente existente) y la realidad de la Materia es *negatividad puramente gnoseológica*, porque la pluralidad y discontinuidad a la que la realidad de la Materia se refiere, es totalmente *heteronímica* respecto de la pluralidad *parcialmente* discontinua que es constitutiva de la realidad de la estructura trascendental enclasada (descubierta por Platón) del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia».

La *verdadera ontología de la apropiación y producción histórica* de la *Idea de Materia* sostiene pues, según la tesis ontológico general anteriormente formulada, lo siguiente: que la pluralidad parcialmente discontinua (la *symploké*, por tanto) de categorías científicas ontológicas constituida por la *systasis* histórica del «hecho de la ciencia», es pluralidad y discontinuidad material ontológica y gnoseológica a la vez sin solución de continuidad alguna y que, por tanto, la ontología especial que recoge el *lisado* de la estructura trascendental enclasada de nuestro mundo realmente existente es indisociable del «hecho (lógico-material) de la ciencia»; y que la pluralidad y discontinuidad a

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

la que la realidad de la Materia se refiere es totalmente *heteronímica* respecto de la pluralidad y discontinuidad material, ontológica y gnoseológica a la vez, de la realidad del «hecho lógico-material» al que la estructura ontológico especial del *mundo hecho* por «la ciencia» se refiere. Por tanto, que en virtud de la radical negatividad puramente gnoseológica de la Materia, la ontología general no es que sea disociable de la gnoseología (que es indisociable de la ontología especial), sino que es totalmente separable de ella, porque la realidad de la Materia ontológico general no tiene como *referencia* la realidad del *mundo hecho* por «la ciencia» a la que se *refiere* el lisado que se hace de ella desde la ontología especial, para obtener de él, como resultado suyo, su estructura trascendental (lógico-material).

El significado de esta tesis es apagógico. La tesis expuesta únicamente tiene sentido *contra* el sentido de la tesis opuesta que está en contradicción con ella, a saber: que la gnoseología es disociable de la ontología especial e inseparable de la ontología general.

De modo que no ya *frente* sino *contra* una ontología verdadera de la producción de la Materia misma sostenida por los *fundamentos* del «hecho» puramente gnoseológico «de la ciencia», la verdadera ontología que *El materialismo histórico contra el cientificismo* supone, defiende que los *fundamentos* lógico-materiales (gnoseológicos y ontológicos a la vez sin solución de continuidad alguna entre ellos) del «hecho de las ciencias», únicamente sostienen un mundo en el que lo único que hay que es verdaderamente real en relación a la Materia, es la *apropiación y producción histórica* de la *Idea de Materia* por parte del metafísico «Imperio del Hombre» al que el «hecho de las ciencias» sostiene con sus fundamentos reales.

El *supuesto* Mundo previo ($\mathbf{M_i}$) dado con anterioridad lógico-material al estado morfológico de nuestro mundo antrópico no es en realidad ningún "Mundo"; es el *entorno envolvente* de los homínidos antepasados nuestros proto-humanos. Y la Materia (**M**) *supuesta* como entorno envolvente en estado lisológico del estado morfológico de ese supuesto *Mundo entorno* proto-humano, un puro mito del que no deriva históricamente la Idea filosófica de Materia, cuyo origen histórico, en tanto que Idea exenta dada en un contexto ontológico absoluto desligado de los contextos tecnológicos de transformación de la materia determinada, es teológico.

Ya tenemos un $\mathbf{M_i}$ (un Mundo) y una M (la Materia) metafísicos. Veamos ahora de donde salen los géneros metafísicos de materialidad de $\mathbf{M_i}$.

El «Imperio del Hombre» ($\mathbf{M_2}$) se *apropia de la Idea* de Materia producida históricamente por los hombres desde el «Reino del Espíritu» ($\mathbf{M_3}$) durante el periodo histórico de predominio de la cristiandad católica, y durante el periodo histórico de predomino de la cristiandad protestante se pone a producirla (*la Idea*) desde sí mismo sin dejar de producir, al mismo tiempo, la falsa apariencia de que la Materia misma producida (y no ya *la Idea de Materia*) la está obteniendo, a golpes de pura «voluntad de verdad científica» desinteresada, no movida por finalidad alguna, del «Reino de la Naturaleza» ($\mathbf{M_1}$); «Reino de la Naturaleza» del que ya los hombres creían haber estado obteniendo la producción misma de la Materia real, a golpes de pura «voluntad de verdad *geométrica*», durante todo el periodo histórico de predominio del irreligioso paganismo precristiano.

Este es el *ordo essendi* ontológico (-ambital-mitológico) que limita históricamente las posibilidades del *ordo cognoscendi* gnoseológico en el que pueden desarrollarse históricamente, durante el periodo histórico de predominio institucional de la cristiandad protestante, los diferentes *mapamundis mitológicos* de los que la conciencia filosófica trascendental (**E**) es conciencia demiúrgica diseñadora; una conciencia demiúrgica (**E**) diseñadora de *mapamundis mitológicos* que es, principalmente, la falsa conciencia filosófica objetiva de toda esa filosofía clásica alemana de la que va saliendo, a partir de Kant, la posibilidad misma de realización histórica de un Materialismo Filosófico.

Oculta tras esta falsa apariencia de realidad de un mundo verdadero «hecho» por «la ciencia» desinteresadamente y sin finalidad alguna, a golpes motivados por el impulso de una pura buena «voluntad de verdad científica», se esconde la verdadera realidad de un «mundo de mercancías»; un mundo realmente existente envuelto en esa forma miserable de falsa conciencia objetiva que es el «fetichismo de las mercancías»; un mundo en el que todo lo que tiene en él *valor* de realidad para nosotros es, para nosotros, riqueza material producida por el modo de producir riqueza capitalista.

Marx no se propuso nunca ponerse a explotar la posibilidad de desarrollar, ordo cognoscendi, un *Materialismo Filosófico* poniéndose a diseñar para él su *mapamundi mitológico* apropiado, dado frente al resto de mapamundis filosóficos sobre el mito del Mundo metafísico al que han estado dando brillo y esplendor "académico" "los filósofos" a lo largo de todo ese *continuo metafísico* de la Historia de la Filosofía dividido, sin solución de continuidad alguna, en las edades teológicas de las personas divinas *relacionadas* por el amor en la *esencia* de la Santísima Trinidad Católica. No hay *esencia* alguna de "la filosofía" desplegando su curso esencial a lo largo de ese continuo metafísico. Lo que hay ahí, en ese continuo metafísico de la Historia de la Filosofía es, simplemente, la *corrupción institucional* del cuerpo de la esencia de la religión en la fase terciaria (monoteísta) de su curso, por causa de la descomposición en ella del material procedente de su núcleo constitutivo. Y no era éste el juego "dialéctico" en el que Marx andaba metido. Marx andaba metido en el *ordo essendi* ontológico (-ambital) mismo

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

de la cristiandad protestante (eso que pomposamente se llama "modernidad"), y desde "allí arriba" («ordo rerum») libró su peculiar batalla dialéctica («ordo idearum») con el ordo cognoscendi gnoseológico de la Historia de la Filosofía "Moderna". Y le pegó un hachazo que lo ha dejado roto para siempre. No hay cabeza que se pueda librar de ese hachazo. Así que a hombros de Marx no se puede subir ningún filósofo que tenga la cabeza puesta sobre sus hombros.

Excursus sobre la «vuelta del revés» de Marx

Voy a detenerme en este punto porque también es central en el conjunto de las tesis que *El materialismo histórico contra el cientificismo* defiende. Y voy a detenerme en él porque durante la exposición hablada de las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*, Tomás García López –persona a la que admiro y respeto– objetó a la tesis central defendida por mí en la charla (la «confusión» convergente entre el materialismo filosófico y el materialismo histórico por movimiento de «aproximación» del primero *en dirección hacia* el segundo) presentando la «vuelta del revés» de Marx por parte de Gustavo Bueno como argumento (al parecer para él irrefutable, infalible).

Mi respuesta a la objeción presentada por Tomás García López en ese sentido fue suficiente, pero necesariamente incompleta dadas las circunstancias en las que se produjo el debate (de haberme alargado mucho más en la respuesta, el debate se habría podido prolongar mucho más tiempo de lo que las circunstancias del momento hacían aconsejable). Voy a completar ahora aquí por escrito mi respuesta en atención a la objeción planteada por Tomás García López, por si acaso él tuviera a bien leer este escrito mío y considerara oportuno, tras hacerlo, ofrecer su turno de contrarréplica con objeto de deshacer mi discurso. El respeto que yo le tengo a Tomás García López me obliga a hacer esto.

Y voy a completar mi respuesta a Tomás García López sobre la cuestión de la «vuelta del revés» de Marx por parte de Gustavo Bueno, ofreciendo un diagnóstico del significado global que para mí tiene dicha «vuelta del revés». Porque del significado global que para mí tiene dicha «vuelta del revés» de Marx por parte de Gustavo Bueno, se deriva mi defensa de la *disciplina platónica* ejercitada por Gustavo Bueno en sus últimas obras, frente a todos aquellos "filósofos" que *desconsideran* dichas obras considerándolas como obras enmarcadas en una supuesta deriva filosófica de Gustavo Bueno hacia una degradante "filosofía mundana". Defensa que –me permito recordar aquí a los lectores– tuvo a bien agradecerme el propio Tomás García López en su primera intervención. Pero Tomás García López siguió pensando al final de la charla que mantuvimos, que el argumento de la «vuelta del revés» de Marx por parte de Gustavo Bueno era un argumento inexpugnable, y que durante mi charla yo no había hecho otra cosa que hacer un "esfuerzo titánico", orientado a juntar o hacer converger o confluir de manera artificiosamente forzada, lo que en realidad no puede confluir o converger juntándose de ninguna manera «hasta llegar a confundirse». Y yo quiero responder a esto por escrito aquí –a esto sí, por el respeto que tengo hacia Tomás García López– porque de ningún modo puedo admitir que lo que yo estuviera haciendo al defender la tesis central del *materialismo histórico contra el cientificismo* fuera ningún "titánico esfuerzo artificioso".

En primer lugar, porque la *literalidad* del texto en el que se apoya la tesis es tan convergente con la tesis misma, que quien quisiera darle la «vuelta del revés» a la filosofía de Gustavo Bueno en ese punto, usando para ello el mismo estilo literario que usó Marx –según nos explicó el propio Gustavo Bueno en sus artículos sobre los *Grundrisse* de Marx de principios de los años 70– para darle la «vuelta del revés» a Hegel en base a la positividad de los propios textos escritos por éste último, tendría serios problemas si, tras dicha «vuelta del revés» a la filosofía de Gustavo Bueno, quisiera seguir desarrollando una filosofía que no fuera la filosofía de Hegel mismo.

Y en segundo lugar porque, efectivamente, se le puede dar la «vuelta del revés» a Marx. Pero la cuestión es cómo y porqué. Porque si no se explica esto, se corre el peligro de confundir la «vuelta del revés» de Marx con la «vuelta del revés del marxismo» en cualesquiera de sus versiones. Y yo sostengo que forzar esta confusión sí tiene mucho de "titánico esfuerzo" artificioso. Y voy a explicar por qué exponiendo, en primer lugar, cómo se le puede dar la «vuelta del revés» a Marx.

Como he sostenido más arriba, Marx tiene inmersa su cabeza en el *ordo essendi* ontológico (-ambital) mismo de la cristiandad protestante, y esto es tanto como decir que tiene inmersa su cabeza en el presente (en su sentido histórico-material no formal o egocéntrico) de eso a lo que suele llamársele "modernidad", y que para Marx no es otra cosa que esto: presente material *abierto* a la recurrencia virtualmente ilimitada del desarrollo de la Historia total del Hombre en su sentido lineal-atributivo, por la particular vía histórica *abierta* en dicho presente por el capitalismo histórico realmente existente en el sentido estricto de la expresión "capitalismo". Una vía o línea histórico-particular que para Marx, sin duda alguna, estaba siendo *abierta* de hecho, en su propio presente práctico, formal o egocéntrico, por el Imperio depredador no fundamentalista que, con su victoria sobre el resto de los Imperios *diapolíticos* (y no ya metapolíticos o filosóficos) realmente existentes, estaba adquiriendo su derecho a escribir las páginas de esa Historia total del Hombre en su sentido lineal-atributivo que, con su victoria militar, se abría de hecho, efectivamente –y no ya de modo "intencional" – para Humanidad que hoy somos en sentido global.

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

Ese Imperio depredador diapolítico no fundamentalista es Inglaterra. Única "sociedad moderna" en la que Marx reconoce la existencia real de un desarrollo capitalista, en el sentido estricto de la expresión, de la estructura enclasada que es propia de dicha forma histórica de sociedad. Inglaterra cierra la fase histórica proto-capitalista de acumulación originaria de capital abierta por España, y abre una nueva fase histórica que para Marx ya es irreversible, porque en dicha fase lo que Marx prevé que ocurrirá –porque está ocurriendo ya de hecho en sus inicios en Inglaterra– es que la *subsunción del trabajo en el capital* ya no será meramente *formal*, sino material, *real*. Y eso significa, entre otras cosas, que trabajo y capital pasan a ser *lo mismo* en el capitalismo histórico realmente existente en el *sentido estricto* de la expresión capitalismo, a saber: trabajo del hombre abstracto en general, concebido lisológicamente como trabajo objetual socialmente necesario para la recurrencia virtualmente ilimitada del desarrollo de la Historia total del Hombre en su sentido lineal-atributivo.

Y esto último ya tiene que ver mucho con el fundamentalismo científico. Trataré de ello más adelante.

Así pues, Marx tiene inmersa su cabeza («ordo rerum») en este presente histórico-material que limita («ordo essendi») el ámbito de la conciencia filosófica rodeándola. Se le puede dar la «vuelta del revés» a Marx y ponerlo de pie («ordo idearum») en ese continuo histórico-metafísico que es el campo *gnoseológico* de la Historia de la Filosofía. Se le pone de pié "ahí abajo", que en realidad es un "ahí arriba" metafísico que está en "los cielos" en los que se despliega el pensamiento del pensamiento que únicamente piensa en el pensamiento mismo, se le calzan las botas mitológicas del Mundo y de la Materia –a las que ya me referí anteriormente en crítica hecha a la dogmática filosófica de una supuesta ontología materialista verdadera de la Materia– para que tenga "puntos de apoyo" en el campo gnoseológico que tiene que pisar, y se le pone a recorrer de "arriba abajo", y de "abajo arriba", sin parar, el continuo histórico-mitológico de la Historia de la Filosofía. Primero poniéndolo subordinado al Mundo como conciencia filosófica que todavía no ha tomado verdadera conciencia de sí misma $(E \subset Mi \subset M)$, luego poniéndolo como conciencia del Mundo mismo en tanto que conciencia creadora del Mundo a partir del no ser (la nada) en su sentido absoluto $(Mi \subset M \subset E)$ y, por último, poniéndolo entre medias del Mundo y de la Materia para que haga las funciones de "conciencia puente" entre una cosa y la otra $(Mi \subset E \subset M)$, discurriendo falazmente en círculo pidiendo el principio, a saber: la Materia como canon de la verdad del Mundo verdadero *hecho* por el «hecho de la ciencia».

Efectivamente. Estoy de acuerdo. A este Marx puesto en pie, ordo cognoscendi, en el campo gnoseológico de la Historia de la Filosofía, se le puede cortar la cabeza. Y eso es lo que significa globalmente la «vuelta del revés» de Marx. Se le puede cortar la cabeza, sí. Pero para subirse a sus hombros y poner la propia, «ordo rerum», allí donde Marx ya tenía bien puesta la suya.

Porque la cosa es que a Marx no le hizo falta hacerse aristotélico esperando a que Aristóteles pasara por la triturada teológico-dogmática de la filosofía cristiana-católica y su Dios saliera de ella hablando. Le cortó a la conciencia filosófica el pensamiento que piensa en el pensamiento mismo, antes de que esa conciencia filosófico-gnóstica tomara si quiera verdadera conciencia de sí misma y de su verdadero alcance. Le cortó la cabeza a Aristóteles con un solo parrafito escrito en *El Capital* en el que explica, muy brevemente, la razón de ser de las limitaciones históricas («ordo essendi») del ordo cognoscendi-idearum de la conciencia filosófica antigua. Y lo pudo hacer porque Marx ya le había pegado el hachazo al ordo cognoscendi-idearum de la conciencia filosófica moderna, cortando definitivamente ese jueguecito que se llevan entre manos "los filósofos" denominado –por Gustavo Bueno– "inversión teológica". Marx le dio la «vuelta del revés» a ese jueguecito de la "inversión teológica" cuando le dio la «vuelta del revés» a Hegel, con el que el jueguecito en cuestión culmina, alcanza su final consuntivo –según sostiene el propio Gustavo Bueno–. Porque era plenamente consciente de lo cargaditas de filosofía metafísico-teológica que iban las cosas que llevan entre manos los hombres en sus rituales tecnológicos. De modo que, a partir de Marx, no puede ya uno ponerse a volver (en el progressus) de la Materia M al Mundo M_i, habiendo supuesto de antemano que a los contenidos de esa Materia M llega uno (en un regressus global atributivo que presupone la unificación del Mundo) a partir de los contenidos del Mundo M_i. A partir de Marx, suponer eso es pedir el principio. Y por eso Marx no se puso a hacer ningún mapamundi mitológico. No estaba jugando a eso.

Ahora bien, una vez dicho esto y siendo sabedor del riesgo que corre mi cabeza por haberlo dicho, es de justicia reconocer –y yo lo hago aquí porque admiro y respeto a Gustavo Bueno como el que más, aunque no haya tenido asiduo trato personal con él nunca– que Gustavo Bueno, siendo sabedor del riesgo que corría su propia cabeza al iniciar el proyecto de ponerse a cultivar gnoseológicamente el campo de la Historia de la Filosofía, tuvo la prudencia de escribir únicamente la historia del ciclo histórico completo de la metafísica presocrática, un círculo de pensamiento vacío de *disciplina platónica*; una *disciplina platónica* que yo estoy seguro que Gustavo Bueno siempre tuvo y que sacó a relucir verdaderamente, sobre todo, en sus obras más tardías, escritas precisamente a partir del momento en el que fue injustamente apartado de la docencia universitaria, cosa ésta que no puede perderse de vista.

Pero desde las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*, lo que se sostiene es que la principal

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

aportación de Gustavo Bueno a la Historia de la Filosofía es *El animal divino*. ¿Por qué? Porque entre la religión y la filosofía no hay diferencia de *esencia* alguna, simple y llanamente porque "la filosofía" no tiene esencia, y su historia laboral-institucional vivió, sigue viviendo y vivirá de la corrupción misma de la esencia de la religión. Y esta es la *miseria de la filosofía* de la que hablaba Marx. Una miseria de la que Marx siempre se propuso liberarla, razón por la cual ni siquiera consideraba digno para la verdadera conciencia filosófica el tener que declararse atea. Marx era radicalmente *impío*, que es la verdadera actitud filosófica ante la religión, y a su impiedad lo que más le repugnaba era que la conciencia filosófica se postulara gratuitamente *suplantando* a la conciencia religiosa como *sucedáneo* suyo sin tener las propiedades esenciales para ello, porque la conciencia religiosa limita «ordo rerum» a la conciencia filosófica, y eso implica, entre otras cosas, una limitación histórica real a la posibilidad misma de la existencia, «ordo rerum», de un desarrollo procesual esencial de la verdadera filosofía a partir de su núcleo, constituido históricamente por la *disciplina platónica*.

Marx concibió el *Comunismo* como fin constitutivo de la entidad dimensional de tipo procesual y fundamentalmente proléptico-propositiva de la *Dictadura del Proletariado* (y esta es su aportación teórica a la teoría burguesa de la «lucha de clases»). Pero lo concibió como fin constitutivo *abierto* a la recurrencia virtualmente ilimitada de la practicidad de la *disciplina platónica* (la dialéctica) concebida a su vez, por Marx, como *práctica revolucionaria*. Y Marx concibió el *Comunismo* de este modo, porque lo recortó conceptualmente a escala de la misma recurrencia virtualmente ilimitada de la particular línea de desarrollo histórico de la totalidad atributiva del género humano *abierta* por Inglaterra. Y lo hizo así porque era plenamente consciente de la limitación histórica que, «ordo rerum», impone el capitalismo realmente existente al desarrollo procesual esencial de la verdadera filosofía a partir de su núcleo constituyente.

De modo que, desde las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* lo que se sostiene es que no hay en la Idea de Comunismo de Marx ni fin del Estado ni fin de la filosofía. Entre otras cosas, porque Marx recorta la Idea de Proletariado poniendo su génesis en la propia *corrupción* constitutiva de la Burguesía realmente existente –y esto puede verse muy bien en *La crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel*–, y lo que sostiene –en la Crítica al Programa de Gotha, por ejemplo– acerca del fin del Comunismo es que, con independencia de cómo pueda *construirse* políticamente la forma racional del *Estado Comunista* del futuro después de haber sido incorporada y superada en él la forma política democrático-burguesa de la *Dictadura del Proletariado* –cosa que Marx literalmente o literariamente nunca aborda porque parte del supuesto de que la verdad sobre esta cuestión, o se impone por la fuerza de los hechos o no es verdad alguna posible, según el principio «verum est factum»–, en la materia política de dicho Estado Comunista del futuro –la sociedad "civil" comunista– deben haberse superado los límites que, «ordo rerum», impone la sociedad "civil" burguesa realmente exsitente, por su corrupción constitutiva, a un desarrollo procesual esencial de la verdadera filosofía.

El Materialismo Filosófico Soviético inspirado, sin duda, por la filosofía de Marx pero, de hecho, mucho más por la de Engels, es la corrupción misma del modo en el que Marx concibió el Comunismo. El «comunismo soviético realmente existente» fue una corrupción de la concepción del Comunismo de Marx, exactamente en los mismos términos en los que la «ciencia realmente existente» es una corrupción de la Idea de Ciencia tal como la concibe Gustavo Bueno desde su materialismo gnoseológico. Y esto lo digo teniendo en cuenta que Marx parte ya en su concepción del Comunismo de la crítica al «comunismo realmente existente». De hecho, la expresión «comunismo realmente existente» la usa el propio Marx –cosa ésta que se le "olvidó" anotar a Gustavo Bueno en el *Panfleto contra la democracia realmente existente*– para referirse a la dogmática fundamentalista del «comunismo realmente existente» «*tal y como la enseñan Cabet, Dézamy, Weitling, etc.*».

Por tanto, si algo tiene de utópico el Comunismo final de Marx es lo que de utópico tenga el proyecto de poder llegar a *realizar* histórico-institucionalmente la *verdadera filosofía*, con lo que el proyecto de poder llegar a *realizar* una filosofía verdadera no es que sea utópico, es que ya directamente es *Pensamiento Alicia*. Por tanto, la verdadera filosofía de Marx se realizó en la filosofía oficial soviética del Estado Comunista realmente existente como filosofía falsa –a la que podrá dársele todas las «vueltas del revés» que se quiera–, pero esta forma real de realización histórico-institucional dogmática de la verdadera filosofía como filosofía falsa, es suficiente para probar, mediante la aplicación del principio «verum est factum», que la filosofía de Marx se ha realizado históricamente de un modo análogo al modo en que se realizó histórico-institucionalmente la filosofía de Aristóteles –al que Marx cortó la cabeza– en la filosofía escolástico-tomista española que fue "paralelo cultural" del Imperio Español, en la medida en que éste fue la "organización social totalizadora" que, «ordo rerum», puso las condiciones materiales que hicieron posible la realización histórica de esa peculiar forma de filosofía aristotélica que fue la escolástica tomista española. Y si se argumenta que fue al revés, que realmente fue esta filosofía dogmática exenta del presente práctico la que, «ordo idearum», puso las condiciones materiales que hicieron posible la realización histórica del Imperio Español, entonces la conclusión a la que llegamos es que dicho Imperio Español fue imposible, porque un imposible político es la Idea filosófica de Imperio. El Imperio Español fue un Imperio generador

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

diapolítico realmente existente, luego fue dicho Imperio Español el que, «ordo rerum», puso las condiciones materiales que hicieron posible la realización histórica de esa peculiar forma de filosofía aristotélica que fue la escolástica tomista española. De modo que puede concluirse, según lo argumentado anteriormente, que es *suficiente* para una *verdadera filosofía* –como la de Marx, que le cortó la cabeza a Aristóteles– realizarse histórico-institucionalmente al modo como se realiza histórico-institucionalmente una *falsa filosofía* como la de Aristóteles. El "águila no caza ratones", como suele decirse. Y Marx le cortó la cabeza a Aristóteles con un solo parrafito. Era suficiente con eso.

El proyecto de inspiración hegeliana dirigido contra Hegel mismo que Gustavo Bueno emprendió con la presentación en público de los *Ensayos Materialistas*, es un proyecto de *disciplina platónica* que sigue vigente y debe seguir vigente, porque dicho proyecto –a mi juicio– va en realidad dirigido contra la corrupción hegelianizante (puesta en marcha por Engels) de la filosofía de Marx que fue y sigue siendo el Materialismo Filosófico Soviético. ¿En qué medida se realizará histórico-institucionalmente dicho proyecto? Pues ni yo lo sé ni creo que pueda saberlo nadie. *Ignoramus, ignorabimus*. Y este es el escepticismo del deshacer no filosófico-académico que anida cauteloso en las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*.

Se le da la «vuelta del revés» a Marx para poner a Marx puesto en pie, «ordo idearun», en una posición de partida que Marx, «ordo rerum», por *disciplina platónica*, nunca tuvo, y que no le hizo falta tomar para entrar en la Historia de la Filosofía. De hacerlo entrar en la Historia de la Filosofía se encargó el Imperio generador diapolítico comunista realmente existente. Y eso es *suficiente* para la realización histórico-institucional de una verdadera filosofía, como la de Marx, llámesele como se le llame, material-ismo filosófico, material-ismo histórico, material-ismo dialéctico o material-ismo con el apellido que sea.

Y con esto termino este excursus sobre la «vuelta del revés» de Marx por parte de Gustavo Bueno concluyendo al respecto que yo no he tenido que hacer ningún artificioso "titánico esfuerzo" por hacer confluir "mecánicamente" (como si fueran dos piezas sueltas) al materialismo filosófico con el materialismo histórico, puesto que dicha confluencia o «confusión» –como *literalmente* la define el propio Gustavo Bueno– es el fluir dialéctico mismo del sistema del materialismo filosófico (como trataré de demostrar más adelante) en su confrontación con los fundamentalismos.

La *disciplina platónica* que comparten en común al alimón Marx y Gustavo Bueno es inconmensurable con ese linaje sofístico de tradición filosófica, que arranca con Parménides (triturado por Platón en *El Sofista*), prosigue con Aristóteles, y tras pasar Aristóteles por la trituradora teológico-dogmática de la filosofía cristiana-católica, renace de nuevo con el Hombre Abstracto de Kant de una forma verdaderamente miserable que llega hasta nuestros días.

Marx tenía muy clara la distinción que separa al «*topo continuamente en actividad del saber realmente filosófico, respecto de la locuaz esotérica y gesticulante conciencia fenomenológica del sujeto*» trascendental que se pone a hablar por boca de "los filósofos", como si fuera Dios mismo hablando por boca de "los hombres". Marx no jugó a ese patético juego locuaz y gesticulante que se llevan entre manos "los filósofos". Marx jugó a otra cosa bien distinta, a saber: jugó a pegarle un hachazo al *ordo essendi* ontológico (-ambital) mismo de la filosofía moderna cristiano-protestante, para que se abriera en él el hueco por el pudiera sacar su cabeza el «topo continuamente en actividad del saber realmente filosófico». Es decir: Marx jugó a pegarle un hachazo al *ordo essendi* ontológico (-ambital) mismo de la filosofía moderna cristiano-protestante, para que se abriera en él el hueco que hiciera en él posible la recurrencia histórico-institucional de la practicidad de la *disciplina platónica*, esto es, de la verdadera filosofía. A esta practicidad abierta y recurrente de la verdadera *disciplina platónica* Marx la denominó, como Platón, *dialéctica*. Y a la dialéctica se refiere Marx cuando define (contra el materialismo *contemplativo* «que no concibe la sensoriedad como actividad práctica») eso que en las *Tesis sobre Feuerbach* (la tercera tesis) aparece como «práctica revolucionaria». La misma mediante la que se entreteje el mundo que está produciendo "la burguesía", a la que Marx considera "clase revolucionaria" como no la ha habido otra hasta ella.

Y aquí llegamos de nuevo, otra vez, a la cuestión central del *materialismo histórico contra el cientificismo*: que el «análisis gnoseológico» del «cuerpo real las ciencias», se desliza hacia la epistemología en cuanto no tenemos en cuenta que el «análisis de la experiencia» al que el hiperrealismo materialista se refiere en tanto que «concepción del mundo» supuesta en el *mundo hecho* por «la ciencia», parte de «la experiencia» ya históricamente determinada como «práctica revolucionaria», en el sentido en el que la define Marx en las *Tesis sobre Feuerbach*. De modo que para corregir ese deslizamiento de la gnoseología materialista hacia la epistemología hiperrealista de un materialismo filosófico *contemplativo* ya superado por Marx, es preciso anudar el «análisis gnoseológico» del «cuerpo real las ciencias» con el «análisis institucional (histórico-material)» de dichos cuerpos reales de las ciencias.

La importancia que lo anterior tiene para el «análisis lógico-material (*dialéctico*)» del cuerpo real «entero» de las ciencias es la siguiente: que los *referenciales* semánticos de los *términos* sintácticos enclasados sobre los que operan sintácticamente los científicos, son objetos

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

filtrados por un *trabajo* anterior hecho por *hombres históricos* que tienen un *cuerpo institucional egoiforme* en cuyas *capas* hay *estratos propios institucionales segundogenéricos*. No son objetos *filtrados* por el ego fisiológico-orgánico o cerebral impropio de hombres de "carne y hueso", con un ego institucional primogenérico cuyo cuerpo únicamente alberga, como estrato institucional propio, al ego psíquico-subjetivo o ego diminuto. Este *filtrado sensorial* que abre los espacios vacíos aparentes gracias a los cuales las operaciones son posibles, está ya siempre para nosotros, que somos hombres históricos, *mediado* por el *filtrado operatorio* de un *trabajo* anterior hecho también por otros hombres históricos como nosotros. Y esta *mediación* es la razón por la que nuestro mundo realmente existente es un *mundo antrópico* que no supone dado, con anterioridad lógico-material a él, un Mundo previo dado a su misma escala. Porque esa escala es la escala histórica. Y ese supuesto "Mundo previo" dado con anterioridad lógico-material a nuestro mundo histórico, no es un Mundo dado a escala histórica, sino un "Mundo entorno" dado a escala étnico-cultural (el Mundo entorno de proto-hombres «bárbaros») o etológica (el Mundo entorno de proto-hombres «salvajes»).

Esta *mediación* por la que toda materia prima es ya siempre para nosotros materia segunda históricamente determinada en procesos tecnológicos de transformación que implican la institucionalización de una pluralidad parcialmente discontinua de formas de trabajo en symploké, es una tesis de Marx (y se puede ver esta tesis expuesta con claridad por Marx en *El Capital*, Tomo I, Sección 3ª, Cap. V). Y es la tesis por la que Marx reprocha al materialismo *contemplativo* de Feuerbach no haberse dado cuenta de la necesidad de *incorporar* «el activo del idealismo» al materialismo para que, una vez dado dentro de él, pueda ser superado y negado. Es la tesis, en definitiva, que –según Gustavo Bueno, TCC, Vol.3, pág. 97– el hiperrealismo «acoge ampliamente» para incorporar a la epistemología en la gnoseología y, a continuación, una vez incorporada a ella, superarla y negarla; porque la epistemología es, a pesar de la conjugación diamérica sujeto / objeto, incompatible con la gnoseología, que supone no ya la conjugación diamérica sujeto / objeto, sino las relaciones dialécticas entre los sujetos enclasados a través de los objetos enclasados por ellos, así como las relaciones dialécticas entre los objetos enclasados a través de los enclasamientos objetivos que determinan las condiciones de vida institucional de los sujetos históricamente determinados.

Contemplar *a distancia* los contornos de los cuerpos reales de las categorías científicas ontológicas recortándose claramente los unos respecto de los otros, por causa de las operaciones de construcción de dichos cuerpos reales que están siendo posibles gracias al filtrado sensorial organoléptico de una Materia que ya estaba ahí, dada como entorno envolvente en estado lisológico del estado morfológico del "Mundo entorno" de los proto-hombres «salvajes» o «bárbaros», es el colmo del idealismo gnoseológico. Es un puro formalismo gnoseológico idealista que no ha procedido a incorporar y negar dialécticamente la epistemología en el seno de la gnoseología.

Este formalismo gnoseológico idealista disociable de la ontología especial e inseparable de la ontología general de la Materia M es inservible para *rehacer* dialécticamente el cuerpo real (entero) de las categorías ontológicas científicas. Y es inservible para eso porque desde él se está defendiendo eso que yo he dicho aquí que defiende una *ontología verdadera* de la Materia, concebida como *fundamento* de la realidad del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» como un mundo verdadero. Esta ontología materialista no *deshace* el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia». Y sin *deshacer* el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» no se puede *rehacer* el cuerpo real entero de las categorías científicas ontológicas.

Antes de presentar en público *El materialismo histórico contra el cientificismo*, sus tesis ya fueron usadas por mí para "combatir" apagógicamente con las tesis defendidas por el profesor David Alvargonzález desde su *Teoría General de la Idea de Sisitema*. La Teoría del profesor David Alvargonzález es un ejemplo –a mi modesto juicio– de idealismo gnoseológico formalista que, desde un punto de vista ontológico, incurre en círculo vicioso discurriendo falazmente según la falacia de la petición de principio a la que me referí antes.

El profesor David Alvargonzález defiende la existencia no de una categoría científico-ontológica "física" sino de dos ("hay dos físicas"), porque para él no hay un solo cuerpo real entero al que poder definir como "ciencia física" realmente existente. Así que parte, rompe ese cuerpo real entero en dos mitades, a una le asigna la *capa básica* de la "ciencia física", y a la otra parte (a la "física teórica" que cultivan *en el campo* de la categoría científica-ontológica "física" los cosmólogos) le asigna la *capa metodológica*, como si ésta capa del cuerpo real de las ciencias fuera algo así como una suerte de superestructura meta-física gratuita, que brota aleatoriamente de forma espontánea de la capa básica de la "ciencia física" por causa de alguna rara alienación gnoseológica que, al parecer, estarían padeciendo los científicos por ser ajenos a la lectura y estudio de los cinco volúmenes hasta ahora publicados de la *Teoría del Cierre Categorial*.

Cualquier Teoría de la Ciencia –y la Teoría de David Alvargonzález lo es en cierto modo– que desconsidere el «análisis histórico-material» («institucional») de las ciencias por considerar que dicho análisis no da cuenta del «orden real» de lo "sistematizado" por la realidad material misma como un cuerpo científico, estará concibiendo dicho «orden real sistematizado» como un «orden "puramente" lógico» y, en consecuencia con ello, estará dando por supuesto que es la actividad de re-

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

construcción dialéctica (segundo orden) de la realidad de los cuerpos científicos, y no ya la actividad de construcción de primer orden llevada a cabo por los científicos mismos, la actividad que construye efectivamente el cuerpo real de las ciencias. Y desde este supuesto, desaparece por completo de la estructura real del cuerpo de las ciencias la contradicción estructural existente en ella entre el ejercicio del Ego Trascendental filosófico como Ego categorial científico, y la representación que de dicho ejercicio se hace el Ego Trascendental filosófico cuando se distancia críticamente de él.

La Teoría general (lisológico-distributiva) de la Idea de Sistema de David Alvargonzález implica pues, a mi juicio, un lisologismo de la Idea de Categoría en la Idea de Sistema y, en consecuencia, el autor de dicha Teoría procede como si la Idea de Categoría fuera una modulación específica de la Idea de Sistema concebida como género variacional modulante y absorbente de sus especies. Es decir: procede como si la *Teoría del Cierre Categorial* expuesta en su totalidad desde la «perspectiva crítico-propedéutica» del materialismo gnoseológico, fuese una teoría especial atributiva de la idea ciencia desarrollada por una teoría general distributiva de la idea de sistema.

Pero procediendo de este modo, el profesor David Alvargonzález "abstrae" la «materia» (histórico-institucional) de las ciencias realmente existentes y se queda con su "pura" «forma» (gnoseológica), a la que él mismo le otorga una forma sistemática en tanto que sujeto constructor del cuerpo real de las categorías científicas. Un sujeto humano con fines, por supuesto, como todos los sujetos humanos racionales. El sujeto sistematizador de la realidad del cuerpo de las ciencias es David Alvargonzález, porque la estructura real de dichos cuerpos no es por sí misma sistemática de forma espontánea y sin finalidad alguna.

En definitiva: que los sistemas gnoseológicos son *instituciones científicas*, pero las ciencias, en tanto que instituciones complejas o complexos de instituciones, no son sistemas más que cuando a la estructura real del cuerpo de dichos sustratos institucionales, se la percibe a distancia como una sistematización de doctrinas que cobra cuerpo real en los libros en los que las verdades científicas se exponen sistemáticamente para que sean *conocidas*. Pero esto es epistemología.

Las categorías científicas (gnoseológicas) son categorías ontológicas porque las ciencias realmente existentes son instituciones, y no al revés. Las ciencias realmente existentes no son instituciones porque las categorías gnoseológicas sean categorías ontológicas por causa de la fuerza de obligar del derecho "natural" que el hecho mismo de la ciencia impone, sacándolo o haciéndolo brotar espontáneamente, sin finalidad alguna, de las profundidades de la realidad de la Materia misma. Las categorías científicas son categorías ontológicas porque es el hecho normativo mismo de la ciencia (el hecho de la «familia de las instituciones científicas» constituida en el «espacio antropológico» como la «República de las ciencias») el que hace ontología metafísica; y este hecho normativo hace, produce ontología, con todo el derecho "positivo" que le confiere para poder hacerla la fuerza material que la ciencia misma tiene para obligarnos a que concibamos lo hecho por ella (un Mundo aparente), como una Producción históricamente necesaria para la supervivencia de la convivencia institucional humana.

Por tanto: si las categorías científicas son enclasamientos reales de las morfologías compactadas operatoriamente por la actividad racional institucionalizada en la concavidad de nuestro Universo categorial antrópico, que es el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» en el que las propias categorías científicas están dadas, y dichas categorías son –como supone David Alvargonzález– "ciencias sistematizadas" ("las ciencias como sistemas"), en la sistematización de dichas ciencias debe estar obrando algún tipo de finalidad, porque las ciencias son instituciones y las instituciones, por su racionalidad, son ininteligibles sin la finalidad y la teleología. Con lo que la distinción establecida por David Alvargonzález entre ciencia (sistemas α-operatorios coordinados por principios anantrópicos) y tecnología (sistemas β-operatorios coordinados por fines antrópicos) se viene abajo, y con ella la tesis aristotélica que, según el profesor Alvargonzález, inspira su teoría.

Es momento ahora de volver, una vez más, a la cuestión central del *El materialismo histórico contra el cientificismo*: el *rehacer* el cuerpo real entero de las categorías científicas ontológicas desde el *deshacer* el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia», y al revés, el *deshacer* el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» desde el *rehacer* el cuerpo real entero de las categorías científicas ontológicas. En círculo dialéctico que no incurra en petición de principio alguna.

Y hay que volver una y otra vez a ella porque es el núcleo constitutivo de las tesis apagógicas del *materialismo histórico contra el cientificismo*. En este caso de esta otra tesis en relación a las verdades científicas, a saber: que *lo constituido* en el amorfo cuerpo real infecto siempre en marcha de las ciencias como *identidades sintéticas* o *verdades científicas*, es la *cristalización* resultante de la acción de un núcleo cristalizador *constituyente* de la conformación o compactado de esos cristales, cuya luminosidad hacen brillar al cuerpo de las ciencias. Pero no se puede olvidar que la realidad de los cuerpos científicos brilla a través de sus verdades en la oscuridad de esa inmensa «caverna platónica» que es nuestro *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia». Y que la luz que las verdades científicas cristalizadas en dichos cuerpos desprende se proyecta sobre la pared del fondo de nuestra inmensa «caverna platónica», reflejando en ella una *sombra* de la realidad de los cuerpos científicos que es en realidad una *falsa apariencia* de la verdadera realidad de dichos cuerpos.

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

Y aquí es donde Platón, el Platón que "captura con las dos manos" dialécticamente al sofista, cobra su protagonismo para el materialismo histórico contra el cientificismo.

La actividad científica está construyendo realmente una cosa (digamos cosa «r», de realidad) pero los científicos nos dicen, *produciendo realmente imágenes sonoras que imitan la realidad de esa cosa*, que ésta (la cosa «r») es otra cosa diferente (digamos cosa «a», de apariencia) que *no es* lo que es realmente la cosa («r») efectivamente construida, poniendo con la producción real de su *discurso* a esta otra cosa («a») que *no es* la cosa («r») efectivamente construida por ellos, entre nosotros («s», de sujetos) que escuchamos su discurso real y esta cosa («r») que nosotros («s») ya no podemos ver porque se queda oculta detrás de la cosa («a») que la suplanta, haciendo creer a quienes la ven que es la cosa («r») misma, cuando en realidad es *lo otro* que la cosa («r») en sí misma no es.

Lo que quiero decir es esto: que hay que capturar a la dogmática del fundamentalismo científico entretejida dialécticamente con la actividad filosófica misma, con objeto de poder demostrar apagógicamente con ello (como ya lo hiciera el propio Platón al hacer lo mismo con la dogmática filosófica del Sofista), que los científicos *dicen* que están produciendo una cosa («a») cuyo fin no es otro que ella misma porque en ella misma no hay fin alguno (verdad), cuando en realidad lo que están produciendo efectivamente, de hecho, es otra cosa («r») cuyo fin es otra cosa diferente de ella (tecnología) sin la que ella misma no podría llegar a ser realmente lo que es (verdad).

El Sofista dice que está *produciendo* una cosa (conocimientos verdaderos sobre *todas las cosas*) cuando en realidad lo que está haciendo es otra cosa, a saber: apropiarse de cosas que son propiedad de otros con la finalidad de enriquecerse ganando dinero. Se apropia del dinero, luego lo producido por el sofista para apropiarse indebidamente de lo producido por otros *es algo realmente efectivo*, y su *no ser* verdadero no resta nada a su realidad efectiva.

«La Ciencia» a través de su dogmática nematológica fundamentalista dice que está produciendo una cosa (verdades) y nada más que esa cosa por el valor que la cosa tiene en sí misma, cuando en realidad está produciendo esa cosa por el valor que esa cosa tiene *para algo* que no es ella misma, por un fin que la cosa misma no es y que la cosa misma no muestra ocultándolo, a saber: garantizar el derecho a apropiarse de cosas que son propiedad de otros a quienes tienen en propiedad privada los medios tecnológicos con los que se producen *todas las cosas* de las que, en principio, todos y no solo unos pocos tenemos derecho a apropiarnos mediante su conocimiento.

¿No hay cierta semejanza entre lo que hacen los sofistas y los científicos fundamentalistas? La hay, a mi juicio. Pero también hay una diferencia fundamental. Que los sofistas de entonces habían sobrepasado ya en nivel de inteligencia filosófica a los presocráticos y estaban a la altura de Platón, mientras que los científicos fundamentalistas de ahora están a la altura de los presocráticos. Es decir: que no cabe atribuirles la mala fe que, sin duda, atribuye Platón al sofista "hechicero". Están envueltos en una falsa conciencia objetiva. No sostienen a propósito una conciencia subjetiva falsa. Con lo que la cosa todavía es peor. Al sofista se le puede desenmascarar. Con el discurso fundamentalista de los científicos la cosa no es tan sencilla. Porque lo que producen, sin saberlo, es la realidad misma de un mundo falso.

El profesor David Alvargonzález ha visto en esa sombra la figura metafísica de unos cuerpos científicos sistematizados por principios gnoseológicos resultantes de la coordinación, a diferente nivel holótico, de las verdades científicas. ¿Resultado? El siguiente: al contemplar epistemológicamente el cuerpo real de las ciencias a través de o por mediación de una falsa apariencia de su verdadera realidad, el profesor David Alvargonzález ha vaciado, ha evacuado la materia de los cuerpos científicos y se ha quedado con la forma común de la racionalidad institucional de dichos cuerpos, hipostasiándola como *materia celestial incorruptible* de unos supuestos cuerpos científicos *perfectos*, que se parecen más a los *etéreos* astros que giran alrededor de la tierra en el Cosmos aristotélico, que a los cuerpos de las ciencias realmente existentes desde los que operamos aquí abajo, sobre la superficie de la tierra, en ese «laboratorio natural» –que diría Marx– nuestro que es el «espacio antropológico» del que nos apropiamos *realmente* mediante el trabajo, ya formalmente institucionalizado, para producir la inmensa riqueza material de nuestro antrópico «mundo de las mercancías» *hecho* por el «hecho de la ciencia».

La escoba con la que David Alvargonzález cree estar barriendo de los cuerpos reales de las ciencias la basura nematológica producida por la dogmática filosófico-mundana del fundamentalismo científico (como capa metodológica superestructural superflua), está más sucia de fundamentalismo (en este caso de fundamentalismo filosófico-materialista) que la basura que cree estar barriendo con ella. La crítica al fundamentalismo científico que David Alvargonzález puede hacer desde su Teoría de la Ciencia (encubierta en una Teoría General distributivo-lisológica de la Idea de Sistema) es un *criticismo* dogmático (de linaje aristotélico-kantiano) susceptible de ser sometido a la «*crítica de la crítica crítica*» de la que habló Marx. Y someterlo a eso es lo que yo hice desde las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*, antes de presentarlas en público en la charla que di sobre él en la «Escuela de

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

Filosofía» de la Fundación Gustavo Bueno. Porque la dogmática filosófico-fundamentalista de la ciencia es tan constitutiva de los cuerpos reales de las ciencias como las verdades científicas mismas constituidas en ellos. Y esta es otra de las tesis nucleares del *materialismo histórico contra el cientificismo*.

Es necesario cancelar esta apariencia de *vacío antrópico* proyectada sobre la pared del fondo oscuro de la «caverna platónica» en forma de falsa apariencia de la verdadera realidad del cuerpo de las ciencias. ¿Por qué? Porque esta falsa apariencia de la verdadera realidad del cuerpo de las ciencias nos presenta la realidad de dichos cuerpos científicos, como si fueran *cuerpos de doctrina* sistematizados anantrópicamente de forma natural ("espontánea") por la (supuesta) realidad material misma (¡como si la realidad fuera por sí misma sistemática!) de la que (supuestamente) dichos cuerpos científicos estarían brotando, al parecer, a golpes de pura «voluntad de verdad» desinteresada movida por «la pasión por lo verdadero» que (supuestamente) impulsa el deseo que el Hombre Abstracto tiene, de poder llegar a conocer «todas las cosas» sin más finalidad que la de llegar a «conocerse a sí mismo», mediante una forma de pensar *a-racional* que lo ubica en el lugar *sobrenatural* desde el que el mismísimo *Dios de Aristóteles* (M) producía *para* el movimiento del Mundo (M_1), esa energía llamada *felicidad* sin ni siquiera saber que la estaba produciendo.

Y cancelar esa apariencia de *vacío antrópico* en el cuerpo real de las ciencias es, precisamente, aquello que se hace desde la «perspectiva dogmática (o doctrinal)» del materialismo gnoseológico, al entretejer desde ella el «análisis gnoseológico-formal» del cuerpo real de las ciencias con en el «análisis histórico-material (institucional)» de la realidad de dichos cuerpos. Porque ambas formas de análisis de la realidad del cuerpo de las ciencias –como ya sostuve al inicio de este escrito– se entretejen (sin confundirse) anudando, en la profundidad de la estructura real del campo operatorio de las categorías ontológicas científicas, el «cuerpo lógico-material» de dichas ciencias realmente existentes.

Y de nuevo en este punto volvemos a otra de las tesis nucleares del *materialismo histórico contra el cientificismo*, a saber: que en la *necesidad* de cancelar o retirar esta apariencia de vacío antrópico en el cuerpo de las ciencias, para rehacer dialécticamente la estructura real (anómalamente estratificada) del campo operatorio de las categorías científicas ontológicas desde el deshacer del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia», se encuentra la *razón de ser* de la aproximación del materialismo filosófico al materialismo histórico hasta confundirse con él en el eje circular del «espacio antropológico». Se trata, por tanto, de un *movimiento dialéctico* del sistema del materialismo filosófico que lo *remueve* con el propósito de situar estratégicamente a la "clave de bóveda" del sistema mismo, en el punto exacto de aplicación de la fuerza que esa "pieza" o "piedra angular" del sistema filosófico tiene que hacer necesariamente para poder sostenerlo entretejido dialécticamente con la dogmática del fundamentalismo científico. Y en ese entretejimiento es preciso proteger a la Idea de Materia M con el escudo apotropaico del materialismo histórico.

¿Destruye esta tesis centralísima del *materialismo histórico contra el cientificismo* el sistema del materialismo filosófico, cuando lo que la tesis implica es, precisamente, "apuntalarlo"?

¿Destruye esta tesis centralísima del *materialismo histórico contra el cientificismo* el materialismo gnoseológico, cuando lo que la tesis implica es, precisamente, darle al materialismo gnoseológico la fuerza dialéctica que necesita para enfrentarse a un potentísimo y peligroso enemigo, el fundamentalismo científico?

Como dije en la Introducción de este resumen escrito de las principales tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* no voy a entrar en estos asuntos. Lo dejo aquí a la espera de que alguien se decida a responder a estas preguntas por escrito.

Y vuelvo a otra de las tesis centrales del núcleo generador de tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*, a saber: que la "clave de bóveda" o "piedra angular" del sistema del materialismo filosófico es la Idea de Ego Trascendental (E), y que el lugar *normativo* (estratégico, no factual o "natural") *determinante* (de segundo orden, no integrante o de primer orden) e *instrumental* (no principal o principialista) de la Idea de Ego Trascendental (E), se encuentra *situado* (no "ubicado") en el punto del «espacio antropológico» en el que el sistema del materialismo filosófico se confunde con el materialismo histórico convergiendo con él, tras haberse aproximado a él en un movimiento dialéctico.

Ese punto es el lugar del eje circular del «espacio antropológico» en el que el Ego Trascendental del materialismo filosófico tiene que "combatir" con el Hombre Abstracto –al que, según Marx, rinden culto las confesiones religiosas protestantes– para que éste no logre *suplantarlo* en él y actuar desde él como un *sucedáneo* suyo, porque ese lugar es su *particular* lugar *propio*; el punto de aplicación de la fuerza de su *disciplina dialéctica*.

Si ponemos como "parámetro institucional" de la *Idea de lugar* del Ego Trascendental (en el sentido en el que ha sido definida en el párrafo anterior a éste) al *lugar institucional* desde el que la *disciplina platónica* tiene que desempeñar su papel (pedagógico-político) en la educación filosófica, y sostenemos que ese lugar es el lugar desde el que se imparte la asignatura de *Filosofía* en la *Educación Secundaria*, es decir, los centros educativos de Enseñanza Secundaria en los que el Estado actúa como único educador legítimo del futuro

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

pueblo votante, entonces la conclusión que puede sacarse en relación a cómo va en ese lugar la batalla dialéctica entre el Hombre Abstracto y el Ego Trascendental del materialismo histórico (-filosófico) es, a mi juicio, ésta: que la suplantación del Ego Trascendental por el Hombre Abstracto en ese lugar en funciones de sucedáneo suyo, es ya un hecho institucional consolidado, cristalizado institucionalmente en asignaturas de "cultura general científica" para la *educación de la ciudadanía*, en las que la dogmática fundamentalista del «hecho de la ciencia» impone la fuerza de obligar de su derecho a legislar sobre el «mundo hecho por la ciencia». Y ese hecho institucional no hay quien lo deshaga. Por mucho discurso que haga uno en sus clases orientado a deshacerlo.

La batalla pues está *prácticamente* perdida. Aun así hay que seguir dándola *mientras sea posible* darla, porque mientras sea posible darla, a la batalla no se la puede dar por *totalmente* perdida aunque las probabilidades de ganarla sean muy pocas.

Y esta es otras de las tesis nucleares del *materialismo histórico contra el cientificismo*, a saber: que a nuestro felicitario mundo institucional-antrópico realmente existente (el «mundo de las mercancías» *hecho por el «hecho que hace derecho» de la ciencia*) lo mueve el Hombre Abstracto, *sin finalidad dimensional de tipo procesual alguna* en funciones de Dios aristotélico por causa de la fuerza de «voluntad de verdad» *desinteresada* que actúa en su «pasión por lo verdadero». Esta fuerza de «voluntad de verdad» *desinteresada* que actúa sin fin procesual alguno impulsando la «pasión por lo verdadero» que late en el Espíritu del Hombre Abstracto, es la fuerza de trabajo abstracto socialmente necesaria para la recurrencia histórica virtualmente ilimitada del capitalismo histórico; una fuerza de trabajo lisológico del Hombre Abstracto en general, cuyo *valor ontológico* lo pone «la ciencia» con su derecho a legislar sobre el mundo que ella hace.

El significado de esta tesis se entiende desde la interpretación del significado que se hace de la «ley del valor-trabajo» de Marx desde las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*. Desde las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* se sostiene que la «ley del valor-trabajo» de Marx –a la que Marx define como «ley que dirige (teleológicamente) el movimiento "histórico-natural" de las sociedades en las que rige el modo de *apropiación y producción* capitalista– es la *norma fundamental*, esto es, el *ortograma* histórico-institucional *rector* que la legislación filosófico-mundana de la dogmática del fundamentalismo científico impone nematológicamente, de hecho, aunque los propios científicos que defienden dicha dogmática filosófico-mundana "espontáneamente" en el «reino de los discursos» no sean conscientes de ello. Pero es que a "los científicos fundamentalistas" ninguna falta les hace ser conscientes de esta norma fundamental para que su dogmática filosófico-mundana fundamentalista se imponga en el «reino de las decisiones» (industriales, políticas, militares, educativas, sanitarias, éticas, morales, &.) de hecho, por la fuerza de obligar de la misma, y se expanda gracias a ella como "paralelo cultural" de los Imperios diapolíticos capitalistas depredadores realmente existentes. Simplemente así es como funciona histórico-"naturalmente" "la cosa" (el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia», el «mundo de las mercancías»), por teleología "orgánico"- institucional α-operatoria dada por encima de la inteligencia y la voluntad de los sujetos enclasados en su concavidad. Porque no es la inteligencia y la voluntad de la conciencia subjetiva de los sujetos aquello que determina a "la cosa" sino que es "la cosa" misma, la que *impone* su propia "naturaleza" a los sujetos proporcionándoles a éstos la *unidad de medida* que tienen que usar para valorar la inteligencia y la voluntad de sus conciencias subjetivas. ¿Resultado? Pues este: que la unidad de medida del *valor* de la inteligencia y la voluntad de las conciencias subjetivas, la impone universalmente a dichas conciencias subjetivas aquella *institución* cuya categoricidad (porque las instituciones son la categoría universal del «espacio antropológico») se impone, por la fuerza de los hechos, como categoría universal del «espacio antropológico» (y esto es, en el fondo, el «Imperio del Hombre»): "la ciencia".

Y de aquí, del análisis de las razones por las que puede justificarse que la «ley del valor-trabajo» de Marx es la norma fundamental de la legislación filosófico-mundana que la dogmática del fundamentalismo científico nos impone, extrae el *materialismo histórico contra el cientificismo* la tesis sobre el carácter *antrópico* del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia». Este carácter *antrópico* del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» justificado del modo en el que aquí yo lo he hecho, se parece tanto al llamado «principio antrópico» de la física cosmológica como se parece un huevo a la gallina que lo ha puesto. Nada.

Y este es en definitiva, el *juicio crítico de valor* sobre la globalidad constitutiva del hecho histórico-institucional (normativo) de «la ciencia» que se deriva de la tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*. Un juicio de valor *fundado* en una «teoría del valor» del trabajo abstracto (lisológico) del Hombre concebido morfológicamente como trabajo científico socialmente necesario para la recurrencia histórico-lineal en sentido atributo del «mundo de las mercancías», nuestro *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia».

La interpretación del significado ontológico de la «ley natural del valor» de Marx que desde las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* se defiende, es inconmensurable con cualquier tipo de *reduccionismo científico* en general de dicha «ley». Y digo esto porque siguen haciéndose tesis doctorales –inspiradas incluso en el Materialismo Filosófico de

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

Gustavo Bueno– empeñadas en demostrar que en la construcción de dicha «ley», Marx está demostrando la existencia de un «identidad sintética» del «valor». Como si el contenido del «valor» al que dicha «ley» se refiere fuera contenido alguno sobre el que pudiera haber «precios» sobre algo en general. La «ley natural del valor» de Marx es el ortograma imperialista por el que el «mundo de las mercancías» sostenido por el «Imperio del Hombre», tiene para Marx una recurrencia histórico-institucional (teleológica) virtualmente ilimitada en sentido histórico-lineal atributivo. Es la «ley» por la que la Historia Universal del Hombre comienza a funcionar de hecho, verdaderamente, de un modo efectivo, y no de un modo meramente intencional. Y solo en este sentido cabe interpretarla como una «ley general de la historia», pues su significado no puede ser distribuido a toda la historia en general en sentido cíclico-repetitivo. En este sentido cíclico-repetitivo no hay, para Marx, «ley general de la historia» alguna.

De modo que, en su conjunto, las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* pretenden ofrecer una respuesta global a la cuestión que el materialismo gnoseológico pretende abordar desde su «perspectiva doctrinal o dogmática» (no meramente «proemial» o «crítico-propedéutica»), a saber: ¿cuál es la *función* que las ciencias desempeñan en cuestiones que afectan al *conjunto* de la historia humana (en su sentido lineal, no cíclico) concebido como una *totalidad atributiva*?

Y en la respuesta a esta cuestión las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* no pierden nunca de vista, el hecho de que la *historia gnoseológica de las ciencias* la escriben los que tienen el derecho a escribir la historia real, porque la escriben, de hecho (*verum est factum*), con sus victorias en el campo de batalla en el que verdaderamente la historia real se desenvuelve mediante el entretejimiento diamérico de los Imperios diapolíticos a través de sus respectivas partes (no mediante el entretejimiento metamérico de los Imperios como totalidades metafinitas o metapolíticas en las que no pueden distinguirse el todo de las partes). ¿Por qué? Porque es ahí, en ese campo de batalla en el que desarrollan las guerras, donde las ciencias desempeñan un papel determinante, de segundo orden. El papel del que el «hecho de la ciencia» extrae la fuerza de obligar de su derecho a legislar sobre el mundo que hace, produciendo la legislación filosófico-mundana necesaria para ello, a saber: el fundamentalismo científico.

¿Es el fundamentalismo científico una mera superestructura "mental" que brota de forma gratuita de la capa básica de las ciencias en forma de capa metodológico-pragmática "superflua"? La respuesta que se da a esta pregunta desde las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* es que no, radicalmente no. Y que quienes sostienen lo contrario tendrán que demostrarlo apagógicamente contra las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*.

Y termino ya el primer apartado de este resumen escrito de la charla *El materialismo histórico contra el cientificismo* con la exposición de otra de sus tesis nucleares, a saber: que hay tanta ciencia en el *ejercicio* de la ciencia ("praxis") como en la *representación* de dicho ejercicio ("teoría"), porque el ejercicio de la ciencia es la actividad *institucional* del Hombre Abstracto, y la actividad institucional del Hombre Abstracto es ya, concebida desde el Ego Trascendental del materialismo filosófico, virtualmente *lo mismo* que ya *es* la actividad que este Ego Trascendental del materialismo filosófico, y no *lo otro* que *no es* la actividad que hace el Ego Trascendental del materialismo filosófico.

El significado de esta tesis nuclear centralísima en el cuerpo doctrinal del *materialismo histórico contra el cientificismo* es el siguiente: que no hay *diferencia* alguna entre las categorías del hacer (ejercicio, "praxis") y las categorías del ser (representación, "teoría"), porque el ser es *lo mismo* que el hacer («actividad», «acción / pasión», co-determinación en suma, dice literalmente Platón en *El Sofista*) y, en consecuencia, la *verdadera* ontología materialista inmersa críticamente en la realidad que se está *haciendo* procesualmente como realidad infecta de nuestro presente práctico en marcha, es la ontología *fundamentada* por la «Idea de Producción» y no por la Idea de Materia, porque la realidad infecta que se está *produciendo* procesualmente durante la marcha de nuestro presente formal egocéntrico (práctico) *no es* la realidad de la Materia, sino la realidad de una falsa apariencia de lo que verdaderamente es la realidad de la Materia.

Esta "nueva ontología" que ya es suficientemente vieja y que, por supuesto, no ha salido del "genio creador de mi conciencia", es una ontología que –según el propio Gustavo Bueno, Ensayos Materialistas, página 427– fundó Marx, porque «la Idea de Producción» de Marx equivale a la fundación de una nueva Ontología».

Lo que yo modestamente aporto a esta "nueva ontología" es la idea de que no es en realidad una ontología tan "nueva", porque la Idea de Producción de Marx equivale, a mi juicio, a la «Idea de Ser» que Platón define en *El Sofista* durante el "parricidio" que el extranjero de Elea comete con su "padre teórico" Parménides. Esta «Idea de Ser» de Platón es inconmensurable con la «Idea de Sustancia» de Aristóteles, y yo la propongo aquí (con toda modestia, pero eso sí, con *disciplina platónica*) como Idea *fundamental* de la *ontología especial* del materialismo filosófico. Veamos en qué consiste esta propuesta.

Esta propuesta parte de la siguiente hipótesis de trabajo: que la Idea de «Producción» es a la ontología de Marx, lo que la Idea de «Corrupción» es a la ontología de Gustavo Bueno. Y que entre la Producción y la Corrupción media la Idea platónica de Ser. Ser es ser producido y todo

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

lo producido está sujeto a la corrupción, es un sustrato institucional corruptible. Todo sustrato hilemórfico (que nada tiene de sustancia aristotélica) *es* (está entretejido dialécticamente con otros) actividad racional institucionalizada y, por serlo, está sujeto a la corrupción de su forma racional, en permanente conflicto estructural con su materia. Todo sustrato institucional es corruptible, pero *la Materia ontológico general es incorruptible* porque no es, no puede ser sustrato alguno incorporado a la actividad racional institucionalizada en la consiste todo sustrato institucional entretejido en symploké con otros. Las verdades científicas son sustratos hilemórficos institucionalizados, luego las verdades científicas son susceptibles de corromperse en su entretejimiento esencial con otros sustratos institucionalizados, pero esa corrupción de la verdad científica no implica, en ningún caso, la corrupción de la realidad a la que la Idea de Materia se refiere, porque la actividad a la que dicha realidad de la Materia se refiere no está incorporada a la actividad racional institucionalizada en la que consisten las verdades científicas como sustratos hilemórficos de nuestro mundo antrópico.

Se da por supuesto que las verdades científicas penetran en la realidad de la Materia M y la producen a escala antrópica, aunque sin poder nunca llegar a agotar su producción íntegramente por mucho que progresa la ciencia en la expansión del horizonte de nuestra hiperrealidad. Pero suponer eso es tanto como suponer que las verdades científicas, en tanto que "puras" formas gnoseológicas disociadas de la ontología especial pero inseparables de la ontología general, son la aparición en M_1 de la presencia real inteligible de la hiperrealidad invisible de la Materia ontológico-general M. Y esto, a su vez, es suponer que la Materia está ahí ya dada y que nuestro Mundo envuelto por ella es un Mundo verdadero que se aproxima asintóticamente a su realidad gracias al progreso de la ciencia. Y que este progreso de la ciencia es aquello en lo que consiste el valor que la ciencia tiene para la Humanidad. Porque hacer progresar a la Humanidad en el conocimiento de la Materia es el papel o la función de la ciencia. Y todo esto es suponer demasiado. En definitiva es suponer que la ciencia sigue sosteniéndose en realidad por fundamentos que le pone la filosofía. En este caso la filosofía materialista verdadera de la realidad de nuestro Mundo verdadero producido por el «hecho de la ciencia».

La propuesta de trabajo hecha más arriba implica tener en cuenta la necesidad de abordar la cuestión del entretejimiento real de las categorías científicas ontológicas, su dialéctica, por tanto, desde las cardinales Ideas platónicas de «ser», «lo mismo», «lo otro», «reposo» y «movimiento»; categorías o géneros que implican todos ellos, en definitiva, la Idea de «causa», que es fundamental en la ontología de la corrupción de Gustavo Bueno. Porque la Idea de fundamento tiene que ver con la idea de causa, y la causa no es una relación, sino una conexión.

En definitiva: que lo que estoy proponiendo es abordar la cuestión del entretejimiento real de las categorías científicas ontológicas como una cuestión dialéctica. ¿Por qué? Porque dicho entretejimiento real (*symploké*) es ya él mismo producción real de la falsa apariencia de la verdadera realidad de la Materia en su significado ontológico general. Es decir: porque dicho entretejimiento real (ser) de las categorías científicas ontológicas es ya, él mismo, actividad (hacer) filosófica sin *disciplina platónica*. Y por eso «la ciencia» es un peligro para la salud del cuerpo del Estado, si su administración es puesta en manos de políticos a través de cuyas manos opera la "pinza fundamentalista" que compactan el fundamentalismo científico y el fundamentalismo democrático.

La consecuencia más importante de esta tesis central del *materialismo histórico contra el cientificismo* es la siguiente: que los géneros lisológicos "superiores" (ya contemplados por Platón, por cierto) a los géneros morfológicos «ser», «identidad», «diferencia», «reposo» y «movimiento» son géneros reales (universales reales, formas de enclasamiento reales) de la materia determinada en los contextos tecnológicos de la Idea de Producción y que, en consecuencia con ello, son géneros *producidos* de hecho, efectivamente, por la *actividad* científica misma en tanto que *fundamentos* suyos que brotan espontáneamente, de forma necesaria, del cuerpo real mismo de las ciencias en forma de Ideas metafísicas (el «Mundo» «M_1» o «Reino de la Naturaleza»; el «Alma» «M_2» o «Imperio del Hombre»; el Dios «M_3» o «Reino del Espíritu») que sostienen a dichos cuerpos en el «ser» entretejidos dialécticamente. La metafísica no es un saber que las ciencias busquen. La metafísica es el saber que la ciencia misma produce sin dejar por ello de ser ciencia que produce otras cosas, por ejemplo, verdades científicas; verdades científicas que, como ya dije antes, nadie puede dudar que sean verdades sin está en su sano juicio.

La filosofía no le pone a la ciencia sus fundamentos (aunque los "científicos-filósofos" que rompen el bloque histórico-institucional "ciencia-filosofía", sigan paradójicamente empeñados en ello) porque la ciencia ya produce solita sus propios fundamentos metafísicos. Y como "los filósofos" no hacen otra cosa que metafísica, pues consideran intolerable que los científicos les quiten su trabajo, y siguen empeñados en ponerle a la ciencia fundamentos metafísicos desde la filosofía. Que no. Que la ciencia se pone solita sus propios fundamentos metafísicos; produce los fundamentos que son necesarios para sostenerse "por sí misma" en el ser entretejida dialécticamente con la filosofía. Y de este entretejimiento la filosofía no puede liberarse como tampoco puede liberarse de su entretejimiento con la religión y la política. De modo que en la confrontación dialéctica de la verdadera filosofía con los fundamentalismos (científico, religioso y político) la verdadera filosofía

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

se juega el pellejo, porque sin estos fundamentalismo funcionando ella misma no tendría sentido. Y se juega el pellejo porque si estos fundamentalismos dejan de funcionar desaparece el mundo en el que la propia verdadera filosofía pretende seguir en funcionamiento.

Y otra consecuencia más, no menos importante, en este caso para la ontología general, a saber: que por encima de estos géneros lisológicos "superiores" (M_1, en tanto que género indisociable de los términos sintácticos dados en el espacio gnoseológico del campo de las ciencias; M_2, en tanto que género indisociable de las operaciones sintácticas dadas en el espacio gnoseológico del campo de las ciencias; M_3, en tanto que género indisociable de las relaciones sintácticas dadas en el espacio gnoseológico del campo de las ciencias) no hay ya género alguno al que se pueda regresar, con *disciplina platónica* (es decir, dialécticamente) a partir de ellos, porque de haberlo efectivamente lo estaríamos dando por supuesto como género ya dado desde el principio en tanto que género anterior del que proceden, por división, los géneros superiores ontológico-especiales. Y eso sería pedir el principio incurriendo en el círculo vicioso de la falacia de la petición de principio (como ya demostré anteriormente). Eso sería suponer, suponiendo a priori, que hay un fundamento último de la realidad que sostiene la realidad de los fundamentos reales que sostienen al mundo realmente existente producido por las ciencias. Eso sería suponer, en definitiva, que el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» no es una realidad autosostenida, autocontenida, autorreferencial; una realidad de la que no puede salir nadie porque es una inmensa «caverna platónica» de la que no sale ni Dios. Así que ni Dios va a «volver a la caverna» para salvarnos. Porque fuera de la «caverna platónica» no está ya Dios. Está el Hombre Abstracto.

En definitiva: que como la Idea de Bien de Platón, la Idea de Materia M de la ontología general de la *verdadera ontología de la apropiación y producción histórica* de dicha Idea, es una Idea referida a una realidad que *no se corrompe* porque su «dignidad» está por encima del *ser* y de la *verdad* (de la esencia). Ni siquiera se «digna», como se digna a hacerlo la Idea de Dios de Aristóteles, a mover el Mundo. Mucho menos a moverlo con esa forma de movimiento cíclico idéntico al reposo que sostiene al mundo en transformación idéntica de su estructura enclasada metafísica. Esa forma de movimiento, en definitiva, que tanto gusta a "los filósofos" de «linaje parmenídeo-aristotélico-kantiano» privados de *disciplina platónica*, esto es, de verdadera «pasión por lo verdadero». Ese linaje se parece al linaje de los verdaderos filósofos –al que pertenecen, sin duda, Platón, Marx y Gustavo Bueno– como un lobo salvaje se parece a un dócil perro que de verdad es amigo del hombre.

Por tanto se subraya aquí, una vez más –pero como ya lo ha hecho el propio Gustavo Bueno antes que yo en numerosas ocasiones– que M no tiene como referencia suya a M_i globalmente concebido desde su totalización atributiva como mundo realmente exsitente autosostenido, y que éste M_i realmente exsitente y no otro supuesto M_i metafísico, es nuestro felicitario «mundo de las mercancías» movido por el aristotélico Hombre Abstracto que suplanta al Ego Trascendental del materialismo filosófico, realizando sus funciones sin tener las propiedades adecuadas para ello. Es decir, que lo suplanta como sucedáneo suyo y que, de hecho, ya lo está suplantando con rotundo éxito en sus funciones. Cosa esta que, por lo visto, no afecta para nada a "los filósofos" que viven felices en "la isla de los bienaventurados", creyendo que han salido de «la caverna» cada vez que hablan o ponen por escrito su discurso. Solo el Hombre Abstracto "tiene derecho" –el derecho que extrae de la fuerza de obligar del hecho normativo de «la ciencia»– a postularse como principio inmanente y, a la vez, trascendente al Mundo. Y ese "derecho" es el derecho positivo que le proporciona al Hombre Abstracto la *norma fundamental* de la legislación filosófico-mundana producida nematológicamente por la dogmática metafísica fundamentalista de la ciencia. "Los filósofos" que ponen a la Materia M ontológico-general como envolvente trascendente al Mundo, en realidad se están poniendo a sí mismos como "gloriosas encarnaciones" del Hombre Abstracto. El más peligroso y miserable de los sofistas de nuestro tiempo.

La lógica material de la racionalidad institucional es la dialéctica. Y no tiene nada de dialéctico sacar M *fuera* de M_i en el regressus para luego volver a meter a M *dentro* de M_i en el progressus, con objeto de que M_i y M se conviertan en los "puntos de apoyo" de la recurrente actividad subsistente de E, concebida como la operación "hacer de puente" entre una cosa y la otra.

No hay un fuera en relación a un dentro. Ni E es "puente" alguno porque, en todo caso, E solo es punto de aplicación de la fuerza o potencia dialéctica del sistema filosófico (su «clave de bóveda»). No hay, pues, un fuera en relación a un dentro.

Habría, en todo caso, un *cerca* en relación a un *lejos*. Pero esto tampoco se aplica a M_i en relación a M, porque entre M_i y M no hay relación, es decir, hay la no-distancia. E no puede medir distancia alguna entre M_i y M. La unidad de medida de la racionalidad lógico-material de la forma racional de su conciencia no da para medir distancia alguna entre M_i y M. M es radicalmente lo otro que M_i es en sí mismo, sin relación alguna de su realidad respecto de la realidad de M, en tanto que su realidad es en sí misma una unidad autocontenida, autorreferencial, que se sostiene a sí misma por causa de sus propios fundamentos.

Por tanto –como ya dije anteriormente y recuerdo ahora– *afirmar* de M como atributos suyos la pluralidad (multiplicidad) y la discontinuidad (codeterminación) es

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

necesario, pero no es suficiente. Además es necesario también *negar* que esa pluralidad y discontinuidad a la que M se refiere en su significado ontológico-general absoluto, sea *homonímica* en algún sentido en relación a la pluralidad y discontinudad de la materia determinada en contextos tecnológicos de transformación de las realidades de M_i; una realidad ésta, la de la materia determinada, que está siempre dada a una escala cuya unidad de medida de su racionalidad es la racionalidad lógico-material de las instituciones; instituciones que son, desde un punto de vista morfológico, la *categoría universal* de M_i en tanto que *Universo categorial antrópico* en cuyo estado morfológico, E no puede ver con claridad verdad alguna iluminada por la luz que sobre M_i proyecta M. M no proyecta luz alguna sobre M_i porque no tiene a M_i como referente de su sentido o significado. Si revertimos M sobre M_i en tanto que Idea límite negativa es para subrayar su radical negatividad gnoseológica por un lado, y para subrayar también el carácter *heteronímico* de su realidad por otro. La Materia M no es ningún fondo oscuro envolvente del Mundo, desde el que la conciencia filosófica E ilumina al Mundo para darle brillo y esplendor a la verdad que éste nos pone de manifiesto nos en su faz visible y tangible. La Materia M en todo caso es fondo oscuro desde el que no se puede iluminar el Mundo, porque en tanto que tal fondo oscuro es reverso oculto del anverso de cada una de las cosas de Mundo cuando las concebimos como estromas enclasados.

En la medida en que la ontología del materialismo filosófico se aproxima a esta *verdadera* ontología materialista de la Producción hasta confundirse con ella, la ontología del materialismo filosófico se aleja de una supuesta ontología materialista *verdadera* de la Materia concebida como fundamento real de un *Mundo verdadero* producido históricamente por el «hecho de la ciencia». ¿Por qué? Porque para esta ontología materialista verdadera de la Materia concebida como fundamento real de un *Mundo verdadero*, la Materia M es el entorno envolvente en estado lisológico del estado morfológico del Mundo M_i, al que M_i se va aproximando asintóticamente de forma progresiva a medida que gracias a la producción de verdades científicas su realidad mundana se va haciendo cada vez más y más verdadera.

Y esta es la principal tesis apagógica del *Materialismo Histórico contra el Cientificismo*. ¿Por qué? Porque la dogmática filosófica de esta supuesta ontología materialista verdadera de la Materia concebida como fundamento real del *Mundo verdadero* de la Ciencia, es compatible con la dogmática del fundamentalismo científico en muchos puntos, razón por la cual la crítica al fundamentalismo científico desde la dogmática de esta ontología materialista verdadera, es un *criticismo* tan fundamentalista (sino más) como el fundamentalismo al que critica. Y a mi juicio hay que aplicarle «*crítica de la crítica crítica*» de la que habló Marx. ¿Por qué? Porque el fin hacia el que se dirige la crítica de esta verdadera ontología materialista en su despliegue sobre los contenidos de su presente práctico, *no es* representar su ejercicio dialéctico de inmersión en dichos contenidos del presente práctico mediante la construcción de un mapamundi mitológico que refleje, mediante el lisado del estado morfológico del Mundo, la verdad que sobre la realidad del Mundo este estado morfológico suyo nos ofrece, sino destruir ese estado morfológico del Mundo por considerar que el aspecto (visible y tangible) que de la realidad del Mundo nos ofrece, es en realidad una falsa apariencia suya que la suplanta haciéndose pasar por ella.

Ese supuesto lisado del estado morfológico del Mundo M_i que permitiría al mapamundi filosófico reflejar en él la verdad que dicho estado morfológico del Mundo M_i nos ofrece a través de la ciencia que lo produce, es un lisado que solo podría hacerse desde una Idea de Materia M concebida globalmente como entorno envolvente del Mundo M_i. Pero tanto la Materia M como el Mundo M_i de la ciencia así concebidos, son dos mitos oscurantistas y confusionarios. Y el Ego Trascendental E que se los calza (como "puntos de apoyo") para recorrer con ellos a dos pies, de arriba a abajo y de abajo a arriba, el continuo metafísico de la Historia Filosófica, una conciencia filosófica que es pensamiento del pensamiento que se piensa así mismo. La trascendentalidad de esta conciencia filosófica E a través de este continuo histórico en el que se supone que se despliega el curso de la esencia de "la filosofía" (¿de qué filosofía?), es una trascendentalidad tan metafísica como la de propio continuo histórico-filosófico que se supone que E recorre trascendentalmente.

Esta *destrucción* del Mundo aparente construido por la realidad constitutiva del hecho de la ciencia es el *deshacer* del saber hacer propio de la dialéctica, que es como Platón define a esa actividad que él desarrolla en la Academia poniéndole el nombre de filosofía. Y la dialéctica no se representa, se ejercita. ¿Por qué? Porque la representación de su ejercicio reflejado en un mapamundi mitológico la pondría en contradicción consigo misma.

El materialismo histórico contra el cientificismo propone de cara al futuro abierto para la verdadera filosofía, y siempre en función de lo anteriormente argumentado en la exposición de esta última tesis, lo siguiente: revisar «la Historia del materialismo a la luz de una idea de materia filosóficamente adecuada que sea capaz, por ejemplo, de plantear la cuestión de la reivindicación materialista de la Teoría de las Ideas de Platón» (Gustavo Bueno, *Materia,* página 86). Y este no es el primer planteamiento que yo hago sobre esta cuestión abierta de cara al futuro de la verdadera filosofía en este sentido.

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

§3. La estructura del cuerpo de las ciencias y la contradicción real que hay en ella

El amorfo cuerpo infecto de las ciencias se desarrolla procesualmente reiterando de forma analítica en su estructura, una contradicción que es interna a la estructura misma porque su realidad es aquello mismo que da forma o configura la estructura. Esta configuración estructural internamente contradictoria de las ciencias realmente existentes en el presente en marcha, se parece tanto a una *sistematización* por *coordinación principialista* de supuestas bases sistáticas de un supuesto sistema "categorialmente cerrado", como hemos dicho anteriormente que se parecen entre sí la falsa y la verdadera filosofía. Nada. No se parecen en nada. Y esta es la razón por la que el *materialismo histórico contra el cientificismo* mostró desde un principio, incluso antes de "entrar en escena" en la Escuela de Filosofía de la Fundación Gustavo Bueno, su total disparidad con las tesis de la Teoría General Distributivo-Lisológica de la Idea de Sistema del profesor David Alvargonzález –al que, por cierto, agradezco desde aquí la amabilidad con la que se prestó a dialogar conmigo–, reconocido discípulo de este gran pensador que pone nombre a la Fundación que alberga en su seno la Escuela de Filosofía desde la que David Alvargonzález expuso su Teoría. Viendo como David Alvargonzález trataba desde su Teoría a la Teoría de la Ciencia de Gustavo Bueno, no me quedó más remedio que reconocerme discípulo de este gran pensador de *disciplina platónica* que es Gustavo Bueno, aunque reconozco también que no pertenezco a ninguna de las "oleadas de discípulos" suyos. Si acaso, únicamente, me reconozco asiduo lector y oyente de su magna obra hablada y escrita.

Y es que pasa lo siguiente desde la perspectiva platónica del *materialismo histórico contra el cientificismo*: que al igual que no se puede capturar al sofista con una sola mano (hacen falta las dos, según Platón, la que lo captura en *la apropiación* y la que lo captura en *la producción*), el cuerpo real de las ciencias tampoco se puede capturar dialécticamente con una sola mano. Hacen falta las dos: la de la *dialéctica estructural* y la de la *dialéctica procesual*, porque como ya dejé claro en el anterior apartado de este resumen escrito del *materialismo histórico contra el cientificismo,* no se *rehace* dialécticamente el cuerpo real de las ciencias sin *deshacer* dialécticamente la falsa apariencia metafísica de la Idea de Materia que aparece como realidad de la Materia misma en la estructura enclasada metafísica del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia».

La tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* en este sentido es la siguiente: que la dialéctica estructural se aplica al *rehacer* el cuerpo real de las ciencias cancelando la falsa apariencia de su realidad perfecta (que es lo que el profesor David Alvargonzález nos ha presentado mostrando su Teoría de la Idea de Sistema aplicada a este asunto, haciéndonos ver el cuerpo de las ciencias como cuerpos de doctrinas "encarnados" en libros) que las propias verdades científicas construidas por las ciencias producen en el interior de «la caverna». Y que la dialéctica procesual se aplica al deshacer dialécticamente la falsa apariencia metafísica de la Idea de Materia que aparece como realidad de la Materia misma en la estructura enclasada metafísica del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia», negando la absurda metábasis ad infinitum por mediación de la cual «la ciencia» dirige al Mundo (movido por el Hombre Abstracto) en dirección hacia su fin consuntivo entitativo de dimensión final configurativa. Esta negación se lleva a cabo mediante la aplicación de la figura dialéctica de la anástasis a este absurdo progressus ad infinitum que define la dinámica expansiva del «Imperio del Hombre», que es la misma dinámica que la del fundamentalismo científico no circunscrito o intercategorial.

Otra de las tesis centrales del *materialismo histórico contra el cientificismo* sostiene, por tanto, según lo anterior, lo siguiente: que la cuestión de los "límites del Universo" tiene que ver con esta última cuestión dialéctico-procesual anteriormente expuesta, en relación con el deshacer dialéctico de la falsa apariencia metafísica de la Idea de Materia que aparece como realidad de la Materia misma en la estructura enclasada metafísica del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia». Y que es la cuestión de los "límites del Universo" así entendida, la cuestión que está en disputa (la cuestión disputada, por tanto) en la "batalla" que el Ego Trascendental del materialismo filosófico tiene que emprender (bueno "tiene", es un decir) contra ese sucedáneo suyo que lo suplanta en su lugar particular propio: el Hombre Abstracto.

Esta cuestión de los "límites del Universo" tiene que ver también, a su vez, con la cuestión del tipo de movimiento de transformación que le corresponde realmente al *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia».

La tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* al respecto es la siguiente: que el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» (el «mundo de las mercancías») tiene para nosotros, por encima de nuestra inteligencia y voluntad, un movimiento de transformación cíclica idéntico al reposo que sostiene a dicho mundo en transformación idéntica de su estructura enclasada metafísica. ¿Por qué? Porque esta forma "aristotélica" de movimiento del mundo realmente existente, se corresponde con la necesaria –según Marx– recurrencia virtualmente ilimitada del «mundo de las mercancías», una vez que dicho mundo realmente existente sea ya todo él, globalmente, como ya lo es en nuestros días, un mundo capitalista en el sentido estricto de la expresión "capitalismo". Y esta recurrencia cíclica virtualmente ilimitada del «mundo de las mercancías», se corresponde

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

o va en paralelo "cultural" con el movimiento de expansión de los "límites del Universo" que lleva a cabo «la ciencia» impulsada por su dogmática fundamentalista de carácter "imperialista"; un movimiento de expansión de los "límites del Universo" que, como dije antes, el fundamentalismo científico intercategorial o expansivo de carácter "imperialista" lleva a cabo mediante esa absurda metábasis ad infinitum por mediación de la cual, «la ciencia» dirige al Mundo (movido por el Hombre Abstracto) en dirección hacia su fin consuntivo entitativo de dimensión final configurativa sin dimensión procesual de tipo alguno, porque la metábasis en cuestión no es real, sino irreal, falsa, absurda; una absurda petición de principio o círculo vicioso en el que el «progreso global de la ciencia» nos tiene metidos a todos sin poder salir de él de ningún modo.

Este absurdo no hay quien lo deshaga. Este movimiento no hay quien lo pare. Como bien sabía Marx, una vez que el capitalismo es capitalismo en el *sentido estricto* de la expresión, funcionando estructuralmente sostenido por la subsunción real del trabajo en el capital, el poder del Hombre Abstracto «vence todas las resistencias». Otra cosa diferente a esto ocurre –dice Marx– «durante la génesis histórica de la producción capitalista». Pero la fase histórica de esa génesis de la producción capitalista nuestro mundo realmente existente la dejó atrás hace ya mucho tiempo. Hubo un tiempo en el que todavía era posible ponerle un freno al desarrollo de nuestro «mundo de las mercancías» y, de hecho, se pudo frenar ese desarrollo deteniéndolo por un momento allí donde el capitalismo no era todavía capitalismo. De ese freno salió un Impero que ha caído. Pero hoy el capitalismo es el capitalismo en su sentido estricto y lo es globalmente, en todos los sitios. Y eso no hay ya quien lo pare. Es definitivo. Es algo cuyo desarrollo histórico, como bien sabía Marx, «vence todas las resistencias».

Como ha sostenido el profesor José Luís Villacañas recientemente en una conferencia sobre *los fines de la modernidad*, la modernidad no tiene fin porque el capitalismo histórico realmente existente es definitivo; una "cosa" para la que todo límite –como sostuvo Marx– es simplemente una barrera que la "cosa" misma salta para seguir adelante arrastrando consigo su estructura internamente contradictoria, que es la que en realidad le pone los límites, puesto que ninguna otra cosa diferente que no sea ella misma puede limitarla, ofrecerle resistencia. Esta "cosa" que es el capitalismo histórico realmente existente victorioso a escala global es, según el profesor José Luís Villacañas, una reacción del hombre que el hombre mismo ya no puede controlar, a la acción degradante de su humanidad ejercida sobre él por el absolutismo del omnipotente Dios protestante de la Teología tardomedieval voluntarista. ¿Resultado? El Estado democrático de Derecho concebido al modo como lo concibió Kant, por ejemplo, a saber: como un Estado en el que no hay Derecho, si el Derecho que hay en el Estado, de hecho, contempla la posibilidad de que en el Estado haya un poder político que no sea el poder político del Estado mismo. El poder político del Estado democrático de Derecho es un poder al que no se le puede poner límites. Es un Estado hecho a "imagen y semejanza" del capitalismo. Y por eso *capitalismo y democracia son lo mismo*, por mucho que se empeñen en sostener lo contrario los filósofos-podemitas neokantianos-postmarxistas que siguen la estela "académica" de Carlos Fernández Liria.

En definitiva: la expansión de los límites de nuestro *Universo categorial antrópico* (o *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia») *no tiene que ver*, en realidad, con una supuesta expansión del «espacio antropológico» por crecimiento, sin fin dimensional de tipo procesual alguno, del radio que puede trazarse en dicho «espacio» tomando en él la amplitud de su eje radial. La cuestión de los límites de nuestro Universo categorial antrópico *sí tiene que ver*, en realidad, con la expansión del «espacio antropológico» por crecimiento, sin fin dimensional de tipo procesual alguno, del radio que puede trazarse en dicho «espacio» tomando en él la amplitud de su eje circular. La supuesta expansión del Cosmos (de la que nos habla la ciencia física cosmológica) sin fin dimensional de tipo procesual alguno hacia su fin dimensional de tipo configurativo que sería, a su vez, un supuesto fin entitativo consuntivo suyo es, en realidad, esa misma expansión, así definida, pero no ya de ese supuesto Cosmos real del que nos hablan los físicos especializados en cosmología (que no es más que una región ontológica de nuestro Universo antrópico que se nos amplía gracias al telescopio y al microscopio), sino de nuestro propio Universo categorial antrópico realmente existente, que se expande de ese modo mediante la aparente transformación idéntica de su estructura institucional como «mundo de las mercancías».

El Universo cosmológico (radial) de los científicos se expande porque se expande nuestro Universo categorial (institucional) antrópico, y no al revés. Pero al revés es como se concibe la cuestión de la expansión de los límites reales de nuestro Universo, razón por la cual nuestro Universo categorial antrópico (un inmenso «mundo de mercancías»), se nos aparece como siendo lo que no es el Universo realmente existente. Y esta apariencia que no es lo que es real pero que suplanta a la realidad presentándose como ella misma, es algo *que es* de algún modo, porque no puede ser el *no ser* absoluto. Y esto es lo que nos enseña Platón en el *Sofista* cuando define ontológicamente la actividad del Sofista mediante el ejercicio de una investigación dialéctica, consistente en clasificar la totalidad de las actividades técnicas desarrolladas por los hombres en la ciudad en dos grandes géneros, a saber: las actividades técnicas de producción y las actividades técnicas de apropiación (o técnicas adquisitivas). El fundamentalismo científico es hoy en relación (cuando esta relación se entiende

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

como relación dialéctica) a la *disciplina platónica*, lo que la actividad (el ser-hacer) del sofista era para dicha disciplina dialéctica en el presente práctico de Platón, a saber: su corrupción institucional.

Para cancelar la falsa apariencia que de sí mismo nos ofrece el Mundo mostrándonos como verdadero su estado morfológico realmente existente compactado las ciencias, es preciso que el Ego Trascendental filosófico salga de su situación estratégica de repliegue defensivo en el «Reino mitológico de las representaciones cartográficas del Mundo» (situación que ocupa cuando el materialismo gnoseológico se encuentra incluido en el materialismo cosmológico), y marche al encuentro del «Imperio del Hombre» para detener, por *anástasis*, la absurda progresión ad infinitum, mediante metábasis, de la recurrencia histórica de nuestro Universo categorial antrópico por causa de la aparente transformación idéntica de su estructura. Es esta confrontación dialéctica, en la que tiene que cancelarse o resolverse procesualmente una contradicción dialéctica estructural dada en la propia actividad del Ego institucional, aquello que obliga al Ego Trascendental filosófico a "meterse" («vuelta a la caverna») en el eje circular del «espacio antropológico» llevándose con él "allí abajo" al materialismo gnoseológico, y a actuar en la concavidad de «la caverna» como un sujeto que se ha "encarnado" en nuestro Mundo realmente existente en el *cuerpo político* de algún *Estado*.

Es esta "encarnación" del Ego Trascendental como *sujeto histórico* la que permite interpretar la "encarnación" del Ego teológico en el "cuerpo glorioso" del hombre, como un momento del despliegue histórico de la propia Idea de Ego Trascendental filosófico.

El estrato institucional propio de este Ego Trascendental filosófico "encarnado" históricamente –como veremos más adelante–, es el estrato institucional segundogenérico del Ego jurídico vinculado al *derecho de propiedad*. A través de este estrato propio segundogenérico del cuerpo del Ego institucional, la trascendentalidad del Ego sí puede entenderse como trascendentalidad positiva. Pero es precisamente –como veremos también más adelante– en la trascendentalidad positiva del Ego Trascendetal filosófico donde se encuentra la limitación real de sus posibilidades de realización histórico-institucional.

El Ego no encuentra cuerpo histórico-político (segundogenérico, "incorpóreo") de un Estado en el que "encarnarse". Y tiene que encontrar uno en el que hacerlo porque no lo tiene de por sí, pues no es entidad alguna que del Mundo haya salido o brotado con posibilidad de recubrirlo desde fuera de él como conciencia del Mundo mismo. Y si no lo encuentra porque las limitaciones a su "encarnación" son reales y las posibilidades de realizarla prácticamente nulas, entonces es de lo más normal que el Ego Trascendental filosófico deje la puerta abierta (la puerta de salida de «la caverna») a una auto-justificación de su repliegue *gnóstico* defensivo *y apolítico*, por razones vinculadas a la necesidad de su propia supervivencia institucional como persona individual corpórea; una persona individual corpórea que no necesita *realizar administrativamente* su conciencia filosófica desde el punto de vista de su implantación institucional política, para poder seguir haciendo, de forma independiente, una verdadera filosofía auto-sostenida en sí misma y, en consecuencia, autofundamentada en una forma de conciencia filosófica verdaderamente fenoménica, sorprendente, dotada de una autonomía absoluta *análoga* a la autonomía absoluta que reclama para sí misma también la *conciencia ética* kantiana desde su imperativo categórico (en cuyo horizonte alcanza su mejor expresión el Ego Trascendental kantiano).

Y a seguir funcionando como una "encarnación trascendental" del Hombre Abstracto *rehaciendo* dialécticamente el cuerpo real de las ciencias, pero dejando intacto el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» porque este mundo no puede *deshacerse* dialécticamente. Aquí hay una contradicción real en el seno mismo de la conciencia filosófica, que no queda más remedio que tragarse porque es la contradicción real que el capitalismo mismo, esto es, la democracia realmente existente misma, le impone a la conciencia filosófica limitando la posibilidad de su realización institucional como conciencia filosófica políticamente implantada en el presente práctico en marcha en el que la conciencia filosófica tiene que estar inmersa, si quiere ser conciencia filosófica crítica, es decir, verdadera conciencia filosófica.

El capitalismo es una fatalidad que se nos impone como una necesidad histórica para la supervivencia, porque es el capitalismo el que nos da la vida institucional. Y lo hace, sobre todo, gracias a la función que para él desempeña «la ciencia», sin la que el capitalismo mismo simplemente no sería posible.

Pero bueno, qué se le va a hacer si no se puede *deshacer* el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia». Nos han dejado mancos de una mano (digamos la izquierda) cuando necesitábamos las dos –como las necesitaba Platón para darle caza al sofista– pero nos queda todavía –aunque no estoy seguro de ello– una para operar (digamos la derecha), y no nos han cortado la cabeza (¿o sí?). Así que se podrá pasar el tiempo, eso sí, a quien le apetezca, yendo *distributivamente* de ciencia en ciencia *rehaciendo* el cuerpo real con el que nuestras categorías científicas ontológicas entretejen platónicamente el falaz compactado morfológico (visible y tangible) de nuestro estado del mundo, de nuestro Universo categorial antrópico, visible (-tangible) e inteligible a la vez sin solución de continuidad alguna entre una cosa y la otra, en *cada una de las cosas* que lo componen.

Y este es el criterio que el *materialismo histórico contra el cientificismo* usa para distinguir entre una *historia general*

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

de la ciencia en sentido lineal-atributivo, y una *historia particular* de las ciencias en sentido cíclico-distributivo; cíclico-distributivo porque la contradicción estructural interna que configura el compactado real de los cuerpos científicos se repite en cada una de las ciencias realmente existentes de diferente modo, como si «la ciencia» fuera un género variacional no dado con anterioridad a sus especies. Así que a funcionar de ciencia en ciencia *rehaciendo* la contradicción real en la que cada una consiste. A funcionar, pero eso sí, sin ser un fundamentalista. Frente al fundamentalismo, funcionalismo. Y a cabalgar todas las contradicciones que se quiera.

Lo que desde el *materialismo histórico contra el cientificismo* se subraya es la diferencia entre esta *historia particular* de las ciencias en su sentido cíclico-distributivo, y la *aplicación especial* de la «perspectiva crítico-propedéutica o proemial» del materialismo gnoseológico al campo particular de alguna categoría científica, con objeto de llevar a cabo su «análisis gnoseológico», considerando «externa» en dicho análisis a la historia de la ciencia en general por reducción de ésta a «sociología de la ciencia».

No solo los componentes subjetuales de las ciencias (operaciones, fenómenos, autologismos, dialogismos y normas) adquieren a la luz del «análisis (histórico-) material» del cuerpo real de las ciencias una dimensión institucional que el «análisis (gnoseológico-) formal» no reconoce, sino que también adquieren dicha dimensión institucional a la luz del «análisis (histórico-) material» del cuerpo real de las ciencias, los componentes objetuales de las mismas, a saber: términos, relaciones y referenciales fisicalistas. En este sentido, no creo que esté de más recordar que el par de conceptos «términos / relaciones» es uno de los tres pares de conceptos a partir de los que se define la racionalidad como atributo propio de procesos o estructuras.

La diferencia entre una «historia interna» y una «historia externa» ("superestructural") de la ciencia, así como otras distinciones, no menos sutiles, de su misma constelación semántica, debieran o bien ser abolidas o bien ser reconstruidas a la luz del «análisis institucional» del cuerpo real de las ciencias, cuando a dicho cuerpo lo concebimos morfológicamente desde la «perspectiva doctrinal» de dicho «análisis material» como un cuerpo infecto (como un campo de estructura estratiforme anómala) en continuo proceso de transformación de su estructura. Me refiero a distinciones tales como contexto de descubrimiento (u *ordo inventionis*) / contexto de justificación (u *ordo doctrinae*), componentes subjetuales / componentes objetuales del cuerpo de las ciencias, historia (o génesis) / sistema (o estructura), capa básica (dogmática o de los teoremas) / capa metodológica (problemática o de los problemas); pero también a distinciones tales como errores (extracientíficos) / verdades o fenómenos / esencias.

La *historia general* de la ciencia en sentido lineal-atributivo vendría a ser, según las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*, la historia global del «bloque institucional ciencia-filosofía». Esta es la historia que se podría reescribir desde la perspectiva de la estrecha conexión que dicha historia «gnoseológica» guarda con la institución de la guerra, concebida, a su vez, como institución a través de la cual la civilización (en su sentido histórico) alcanza su plenitud con la constitución histórica del capitalismo histórico realmente existente.

El tratamiento de esta cuestión exigiría, a su vez, justificar porqué las fases de dicha historia gnoseológica de la ciencia (y de la filosofía) habrían de ser puestas en correspondencia con la fase del curso esencial de la religión en la que el cuerpo esencial de ésta comienza a descomponerse por la corrupción de su núcleo en su tercera capa (la capa de las religiones terciarias o monoteístas). Esto permitiría justificar, a su vez, porqué las razones (o concausas) teológicas (angulares) fluyen por el cuerpo real de las ciencias encauzadas por sus fundamentos materiales segundogenéricos. *El Capital* de Marx tiene, sin duda alguna, muchas cosas que decir al respecto, sobre todo en aquella parte del mismo en la que Marx expone el «carácter cristiano-protestante» del proceso de acumulación originaria de capital con el que se abre para la Humanidad la vía de su desarrollo histórico capitalista.

Es Carlos Marx y no Max Weber el que explicó en *El Capital* las razones por las que la teología voluntarista del protestantismo está directamente involucrada con el tipo de racionalidad económica que se pone en marcha a partir del despliegue histórico del capitalismo industrial moderno. La filosofía de Marx pone el punto y final al proceso de inversión teológica que había caracterizado el desarrollo del racionalismo filosófico moderno.

Marx nos enseña que la ciencia moderna no se aplica así misma el verdadero criterio que nos impone acerca de lo que deber ser concebido como verdad, y nos impone su derecho a establecer criterios transformando dicho verdadero criterio, en un criterio verdadero acerca de lo que debe ser concebido también como verdadero cuando en lugar de establecer verdades parciales cercadas en la inmanencia de la pluralidad de sus campos operatorios, se sale de ellos para obligarnos a concebir el Mundo que ella hace como un Mundo verdadero. Marx nos enseña que la verdad de ese Mundo verdadero encierra en realidad la falsa conciencia objetiva que el Hombre tiene acerca de la verdadera realidad del Mundo en el que vive. Esa falsa conciencia objetiva la produce nematológicamente la dogmática fundamentalista de la ciencia, según la cual, la verdad de ese supuesto Mundo verdadero producido por la ciencia es la verdad buscada de forma puramente desinteresada y sin finalidad alguna, por la voluntad racional de un supuesto Hombre abstracto

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

al que la ciencia, con sus verdades, está consiguiendo poner a la altura del mismísimo Dios omnipotente de la Teología voluntarista del cristianismo protestante.

La contradicción estructural interna dada en el dintorno mismo del cuerpo real de las ciencias de la que venimos hablando es (según lo ya expuesto anteriormente) la contradicción estructural misma que media en la relación dialéctica entre las Ideas de *ejercicio* y *representación*, cuando la referimos a esta cuestión descartando que dichas Ideas puedan reducirse, precisamente cuando la referimos a esta cuestión, a la condición de conceptos conjugados:

> Yo diría, si no temiese desbordar mucho el tiempo de que dispongo, que las relaciones que estamos estudiando entre ejercicio y representación, como modos de analizar las relaciones entre Teoría y Praxis, entre conocimiento especulativo del mundo y su transformación práctica, en tanto que estas relaciones están en el fondo de la misma conciencia filosófica, son esencialmente dialécticas. Pero con esto querría significar que el ejercicio está contradiciendo una representación y que las representaciones están constantemente contradiciendo algún ejercicio; Gustavo Bueno, *Cuestiones sobre Teoría y Praxis.*

La tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* al respecto es la siguiente: que referida a esta cuestión la relación entre las Ideas ejercicio y representación es dialéctica, porque esta cuestión que estamos tratando tiene que ver con la conexión *dual* o *circular* entre el Ego Categorial y el Ego Trascendental. Considerado desde la filosofía el Ego Categorial científico es virtualmente un Ego Trascendental filosófico, y el Ego Trascendental filosófico considerado desde el Ego Categorial científico es un Ego Categorial desarrollado al límite. Y esta es la contradicción real existente en el seno mismo de la conciencia filosófica de la que hablábamos antes. Hay que *dar cuenta* de esta contradicción, explicarla, porque si no se da cuenta de ella explicándola, resulta imposible reconocer la realidad de la implantación política de la conciencia filosófica. Y si no se reconoce esto, entonces es que estamos "todavía" en la situación en la que se encontraba E cuando, por estar "todavía" E subordinado al Mundo, no había tomado verdadera conciencia de sí mismo $(\mathrm{E} \subset \mathrm{Mi} \subset \mathrm{M})$ ni de su verdadero alcance como *sujeto histórico*.

El significado de esta tesis es el siguiente: que el Hombre Abstracto en sus funciones de Ego Categorial científico es ya, él *mismo*, Ego Trascendental filosófico desarrollado hasta llegar a un límite contradictorio con la propia *actividad* filosófica que la *disciplina platónica es*. Y cuando digo límite contradictorio lo que quiero decir es limitación real de la posibilidad misma de *realización* histórico-institucional de la *actividad* filosófica que la *disciplina platónica* es verdaderamente. Esta limitación es real, tan real como la contradicción que la produce. Y la causa de dicha contradicción habría que buscarla entre las capas del cuerpo del Ego institucional.

La tesis que el *materialismo histórico contra el cientificismo* sostiene al respecto es la siguiente: que la causa de esta contradicción real que limita, ordo essendi, ordo rerum, la posibilidad misma de realización histórico-institucional de la verdadera filosofía, se encuentra en el estrato institucional propio de la capa segundogenérica (incorpórea) del Ego institucional en el que se localiza el *Ego jurídico-político*; forma incorpórea del Ego institucional involucrado en el desarrollo de las condiciones materiales en las que se desarrollan históricamente las relaciones sociales de apropiación y producción de la riqueza material. No en vano el Ego Trascendental de Kant (que, a mi juicio, mucho tiene que ver con la Idea de Hombre Abstracto de la que vengo hablando) alcanza la *apoteosis* de su significado como *principio del deber* del Hombre en el Mundo en el horizonte del imperativo categórico; un *principio del deber* que, por cierto, en tanto que *principio de la libertad* consiste, según Kant, en realizar el Hombre Abstracto (E) la función de "puente" entre el Mundo ($\mathrm{M_i}$) y Dios (M). Porque la Razón Pura que es Pura en tanto que Razón Práctica, y en tanto que Práctica es trascendente al Mundo $(\mathrm{Mi} \subset E)$, está limitada por el Mundo en tanto que Razón Teórica, y en tanto que Razón Teórica es inmanente al Mundo ($\mathrm{E} \subset \mathrm{Mi})$. De modo que el Hombre Abstracto, "clave de bóveda" de nuestro Mundo, principio trascendente y a la vez inmanente al Mundo ($\mathrm{M_i}$), puede introducir en nuestro Mundo desde fuera de él, desde el lugar en el que se encuentra la realidad nouménica de la Materia (M) como entorno envolvente suyo, «la verdad que nos hará libres» (esto es: «la ciencia», $\mathrm{M_1}$), «la justicia que nos hará iguales» (esto es: «el derecho» político del Estado, $\mathrm{M_2}$) y «la belleza que nos hace hermanos que se independizan del Dios Padre de la Iglesia Católica» (esto es: «la Ilustración fraterna», $\mathrm{M_3}$). Y esto lo puede hacer el Hombre Abstracto porque, como decía Aristóteles (*Ética a Nicómaco*, 1178a), es hombre pero no piensa como un hombre sino como un dios inmortal.

Así es como desde el *materialismo histórico contra el cientificismo* interpretamos la tesis de Gustavo Bueno, según la cual, el materialismo filosófico toma conciencia de sí mismo en el "combate dialéctico" con el idealismo trascendental kantiano. Un "combate dialéctico" que, en cierto modo, se desarrolla (ordo cognoscendi u ordo idearum) en el interior mismo o en el seno del propio "Materialismo Filosófico-General-Moderno", en la medida en que, según el propio Gustavo Bueno –*La Metafísica Presocrática*, página 34–, el giro copernicano de Kant es un movimiento filosófico contra-revolucionario que marcha, ordo cognoscendi, en la dirección del curso progresivo del «materialismo crítico, dialéctico, y en general, filosófico».

De modo que, o bien el materialismo filosófico se aproxima en dirección hacia el materialismo histórico hasta confundirse con él –como sostiene el propio

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

Gustavo Bueno– en el sentido indicado por las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*, o no vemos de qué manera posible el materialismo filosófico podría evitar estar aproximándose, hasta confundirse con él, con el materialismo trascendental-idealista kantiano de sabor aristotélico (materialismo porque, según Gustavo Bueno mismo, con la cuestión del Noúmeno Kant no estaba planteando la cuestión de Dios, sino la cuestión de Materia M); aproximación ésta que el *materialismo histórico contra el cientificismo* ha detectado en las posiciones del profesor David Alvargonzález que, sin darse cuenta de ello –supongo– estaría convergiendo con esta aproximación del materialismo filosófico al materialismo trascendental-idealista kantiano de sabor aristotélico, con las posiciones de "los filósofos-podemitas-gobernantes" neo-kantianos postmarxistas que, encabezados por Carlos Fernández Liria, tienen "revolucionada" la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.

Y planteo esta cuestión en forma disyuntiva porque no veo otra forma de plantearla, si es que verdaderamente es cierto que el Materialismo Filosófico –en su sentido general abstracto, el que marca el «ordo cognoscendi» en sentido progresivo del «ordo essendi» ambital de la "Filosofía Moderna" – que "brilla" fuera de nuestra «caverna platónica» como "brilla" el Sol en la propia alegoría que el mismo Platón nos relata, es el Materialismo Filosófico hegemónico de Kant en su condición de «astro de primera de primera magnitud en el horizonte del pensamiento occidental», tal y como el propio Gustavo Bueno reconoce al reconocer la actualidad de Kant en su confrontación con el sistema del idealismo trascendental.

El *materialismo histórico contra el cientificismo* supone que el rótulo "Materialismo Filosófico" en general, así en abstracto, no dice nada, o dice tanto como pudiera decir, en general, concebido también en abstracto, el rótulo "Materialismo Histórico". La tesis que el *materialismo histórico contra el cientificismo* defiende al respecto es la siguiente: que referido a la filosofía de Gustavo Bueno, el rótulo "Materialismo Filosófico" dice algo en la medida en que ese materialismo filosófico, en concreto, el que hay en la filosofía de Gustavo Bueno, se aproxima al "Materialismo Histórico", en concreto, al que hay en la filosofía de Marx, hasta llegar a confundirse con él. Y el parámetro de la medida en que se produce dicha aproximación-confusión, el *materialismo histórico contra el cientificismo* lo fija en la *disciplina platónica* que la verdadera filosofía o *es* o *no es* nada.

El cuerpo de doctrina del materialismo filosófico generado a partir de su núcleo de verdadera filosofía (que yo supongo que es el materialismo gnoseológico como concepción general del cuerpo real de las ciencias), se aproxima al materialismo histórico –que es una de las variaciones modulantes de dicho cuerpo de doctrina– hasta llegar a confundirse con él. Y la explicación que el *materialismo histórico contra el cientificismo* ofrece de esta aproximación y convergencia del materialismo filosófico con el materialismo histórico es la siguiente: que el materialismo histórico es la especificación doctrinal del sistema genérico-variacional del materialismo filosófico (como sistema intrasistático o de segundo orden) de la que derivan (por difusión) las otras dos especificaciones doctrinales de dicho sistema filosófico: el materialismo cosmológico (especificación doctrinal sistemática centrada en el eje radial del espacio antropológico) y el materialismo religioso (especificación doctrinal sistemática centrada en el eje angular del espacio antropológico). Y si esto es así (y si no lo es habrá que explicar porque la aproximación y convergencia del materialismo filosófico no se afirma *literalmente* en relación a ninguna de las otras dos especificaciones doctrinales del sistema genérico-variacional), esto tiene que tener alguna consecuencia respecto a la variación del entretejimiento dialéctico de las tesis apagógicas (que no "principios") que constituyen el núcleo generador del cuerpo sistemático de doctrina del materialismo filosófico: el materialismo gnoseológico. Y esta variación que se produce en la configuración del materialismo gnoseológico, cuando el materialismo filosófico se aproxima al materialismo histórico hasta llegar a confundirse con él, tiene que ver, a mi juicio, con el entretejimiento en la profundidad de la estructura real del cuerpo de las ciencias de dos formas de análisis de la realidad de dichos cuerpos que son disociables pero realmente inseparables, a saber: por un lado, el «análisis lógico» del cuerpo real de las ciencias, situado estratégicamente en el «espacio gnoseológico» desde una «perspectiva crítico-propedéutica o proemial», que tiene por objeto la clasificación de las Ideas de Ciencia producidas por la ciencia misma («análisis gnoseológico»); y por otro lado, el «análisis material» del cuerpo real de las ciencias, situado ahora estratégicamente en el «espacio antropológico» desde la «perspectiva dogmática» de la *teoría general sobre la Idea de institución como categorial universal* de dicho espacio (el «análisis institucional de las ciencias»); perspectiva esta otra, la del «análisis institucional de las ciencias» que tendría por objeto *valorar* el hecho gnoseológico de la ciencia, en función del papel que la «República» constituida por la «familia de las instituciones científicas» desempeña en el conjunto de la vida institucional humana que se despliega en el «espacio antropológico».

No en vano "filósofos aristotélicos" podemitas-postcomunistas como Carlos Fernández Liria reivindican el "Materialismo Filosófico" considerando a Kant como la referencia filosófica que –según este "Materialismo Filosófico Marxista-Liriano"– Marx habría tenido a la vista a la hora de elaborar su propia filosofía materialista. El resultado es un Marx completamente

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

vacío de *disciplina platónica*, es decir, de pensamiento dialéctico, de verdadera filosofía. El *materialismo histórico contra el cientificismo* tiene en la demolición de este "Materialismo Filosófico Marxista-Liriano" (o cómo demonios lo llamen sus "filósofos-gobernantes" cultivadores) otro frente de batalla abierto.

El materialismo histórico contra el cientificismo trata de ofrecer, en definitiva, un diagnóstico sobre el significado de la filosofía de Gustavo Bueno que difiere de otros diagnósticos que sobre la misma se hacen o se han hecho por parte de otros. En este sentido, *el materialismo histórico contra el cientificismo* difiere también, por ejemplo, del último diagnóstico crítico que sobre el significado de la filosofía de Gustavo Bueno ha hecho Juan Bautista Fuentes Ortega.

En su último diagnóstico crítico sobre el significado de la filosofía de Gustavo Bueno, Juan Bautista Fuentes Ortega ha clasificado dicha filosofía diciendo de ella que, como epígono que lleva hasta su plenitud idealista a la filosofía clásica alemana, la filosofía de Gustavo Bueno se sitúa entre medias de las filosofías de Kant y de Hegel, siendo por tanto, según esta clasificación la filosofía de Gustavo Bueno de Juan Bautista Fuentes Ortega, una suerte de *kantismo hegelianizante* o de *hegelianismo kantiano*.

El *materialismo histórico contra el cientificismo* considera errónea esta clasificación de la filosofía de Gustavo Bueno hecha últimamente por Juan Bautista Fuentes Ortega, y sitúa a la filosofía de Gustavo Bueno, en todo caso, entre medias de la filosofía de Platón (que se aproxima más a la Demócrito que a la de su discípulo Aristóteles) y de la filosofía de Carlos Marx (que se aproxima más a la filosofía de Hegel, pese a la «vuelta del revés», que a la de Nietzsche). El propósito de esta clasificación es alejar a la verdadera filosofía de Gustavo Bueno de aquellas filosofías que, como las de Kant y de Hegel, toman como modelo de lo que es la verdadera filosofía a la filosofía de Aristóteles. Y este propósito considero que está bien justificado porque el propio Gustavo Bueno dejó escrito en su último libro, que la filosofía de Aristóteles no puede ser considerada, desde el materialismo filosófico, como un modelo de verdadera filosofía.

La aproximación de la filosofía de Gustavo Bueno a la de Platón no creo que cause "escándalo" alguno. Sin embargo, la aproximación de la filosofía de Gustavo Bueno a la filosofía de Marx si produce, por el contrario, verdaderas reacciones de cabreo que, la verdad, no alcanzo a entender del todo. Así como Marx está más próximo a Hegel que a Nietzsche pese a la «vuelta del revés» de Marx a Hegel, también la filosofía de Gustavo Bueno está más próxima a la de Marx que a la de Hegel, pese a la «vuelta del revés» de Gustavo Bueno a Marx, pues la ontología filosófica de Gustavo Bueno está mucho más próxima a la "nueva" ontología fundada por Marx sobre la Idea de Producción, que a la ontología hegeliana fundada sobre la Idea de Espíritu. Y esta aproximación el *materialismo histórico contra el cientificismo* la ha establecido a través de la Idea de Corrupción de la filosofía de Gustavo Bueno, poniéndola en analogía con la Idea de Producción de la filosofía de Marx.

Desde las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo* no se pretende dar «la vuelta del revés» a nadie. El propósito es ensayar una posición de defensa de la *disciplina platónica* protegiendo a la «Idea de Ser» de Platón situándola entre medias de las Ideas de «Producción» y «Corrupción» de Marx y de Gustavo Bueno respectivamente, en la medida en que el materialismo filosófico de Gustavo Bueno se aproxima, hasta confundirse con él, con el materialismo histórico de Marx.

El resultado es la defensa de una verdadera ontología materialista que actúe, desde su inmersión el presente práctico en marcha, como un arma "personal" de destrucción masiva de cualquier tipo de fundamentalismo (político, religioso, científico, &….pero también filosófico).

§ 4. El mundo hecho por el «hecho de la ciencia» como objeto fetiche de "los filósofos"

Los fines tecnológicos β-operatorios pertenecen a la estructura real *asistemática* del cuerpo infecto de las ciencias realmente existentes. Estos fines desempeñan en dichos cuerpos la función de fines constitutivos de la entidad esencial de las verdades científicas constituidas en ellos como sustratos hilemórficos institucionales. Las verdades científicas se descomponen (se corrompen) en sus partes formales al incorporarse a los sistemas tecnológicos por los que son constituidas, al ser éstos sistemas tecnológicos su propia finalidad constitutiva.

Pero esta descomposición de la verdad científica en la tecnología es lo que hace posible que su núcleo originario fluya, adquiriendo con su fluir un cuerpo esencial a lo largo de un curso a través de cuyas fases la franja de verdad del núcleo originario de la verdad científica se va ampliando. Las verdades científicas son, según esto, fuerzas productivas "inteligibles" que tienen un cuerpo material dado en el «espacio antropológico». Pero el cuerpo real de las categorías científicas no se compacta sistemáticamente por mediación de la acción conformadora de principios anantrópicos (α-operatorios) que coordinan las partes de los cuerpos esenciales de las verdades científicas sin finalidad alguna. Esto es imposible porque al cuerpo esencial de las verdades científicas pertenecen los fines β-operatorios de los sistemas tecnológicos. Si se segregan de los cuerpos reales de las ciencias los fines β-operatorios de los sistemas tecnológicos, a los procesos de institucionalización de

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

las verdades científicas en ellos les faltarían los núcleos constituyentes de dichos procesos.

Si ubicamos a los cuerpos de las ciencias en un «espacio gnoseológico» "puro" concebidos en él como cuerpos de doctrina compactados por la sistematización α-operatoria de verdades científicas que no tienen cuerpo esencial, entonces el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia», el *mundo infecto hecho* por el entretejimiento "sistemático" (¿?) de dichos cuerpos científicos absolutamente verdaderos porque en ellos no hay más que brillantes cristales constituidos en ellos como verdades científicas, se nos aparece como siendo un *mundo perfecto esencialmente verdadero*.

Pero este supuesto mundo verdadero *hecho* por el «hecho de la ciencia» es en realidad un *objeto fetiche* fenomenológico envuelto ideológicamente por una aureola antropológica de valor sagrado radial. Esta aureola antropológica de valor sagrado radial que envuelve ideológicamente al *objeto fetiche* de "los filósofos" (el Mundo, M_i), "los filósofos" la ocultan envolviendo a su *objeto fetiche* en la ausencia sensible de lo que es y actúa como Materia M en las verdades científicas mismas cuya luminosidad les ha permitido proyectar la realidad de la Materia M fuera del Mundo M_i. Pero lo único que están proyectando aquí "los filósofos" es un fenómeno de falsa conciencia objetiva, a saber: el Mundo M_i en tanto que *objeto fetiche* suyo. La luz de las verdades científicas que les permite a "los filósofos" proyectar este fenómeno ideológico de falsa conciencia filosófica objetiva, es la luminosidad "ilustrada" de la racionalidad científica concebida como una fuerza metafísica "puramente" inteligible que no tiene finalidad productiva alguna.

Si se eliminan en las ciencias α físico-químicas o químico-biológicas *la referencia* a las tecnologías, ni siquiera podríamos *representarnos* el *ejercicio* metodológico de dichas ciencias como un ejercicio metodológico α-operatorio. El circularismo «lógico-material» existente entre las metodologías científicas α y β-operatorias exige concebir dialécticamente la conexión entre ambos estados metodológicos. Esto significa que para poder *rehacer* dialécticamente el cuerpo real de las ciencias, es preciso representar el ejercicio de dichas metodologías α y β-operatorias como un ejercicio de *disciplina platónica* que corrompe la verdadera naturaleza de dicha *disciplina* porque está en contradicción estructural con ella. ¿Por qué? Porque el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» es la corrupción misma de la estructura trascendental enclasada del mundo ya descubierta por Platón mediante su justificación dialéctica contra la metafísica.

Lo dicho anteriormente nos permite ofrecer una la justificación del acierto del materialismo histórico (de Marx concretamente, y no de Engels, a través de cuyo Materialismo Filosófico el materialismo histórico de Marx derivó hacia el fundamentalismo científico) al haber establecido la conexión, en la estructura misma de las verdades científicas, entre los conceptos científicos y los conceptos tecnológicos; cuestión ésta que, a su vez, nos permite justificar la conexión que la verdad científica guarda con Idea de la Finalidad, con objeto de poder conectar la conexión "ciencia-tecnología" con las fuerzas sociales que la impulsan durante la fase de *subsunción real del trabajo en el capital*.

La fase de subsunción real del trabajo en el capital es la fase del curso esencial del capitalismo histórico realmente existente, en la que el núcleo originario de las sociedades capitalistas está ya incorporado al desarrollo de la estructura de un cuerpo político capitalista en el *sentido estricto* de la expresión. Tener en cuenta las características propias de esta fase en relación a las de la fase de *subsunción formal del trabajo en el capital* (cuyas características son propias del *proceso de acumulación originaria de capital*), obliga a tener en cuenta que las "fuerzas sociales" que impulsan el desarrollo del bloque histórico-institucional "ciencia-tecnología" son, al alimón, las *tres* clases sociales distributivas (obrera, capitalista y terrateniente) de la *burguesía* concebida como clase social atributiva que tiende a universalizarse como no-clase o clase de un único elemento, por causa de la *corrupción* interna, constitutiva, de su propia estructura enclasada. No *hay* más clase social en sentido atributivo que la burguesía, y decir esto es lo mismo que decir que no *hay* más que la *materia política* enclasada de un cuerpo político capitalista en el sentido estricto de la expresión, cuya *forma política* propia es la *democracia* y cuya «*forma de religión más adecuada es, indudablemente, el cristianismo, con su culto al hombre abstracto, sobre todo en su modalidad burguesa, bajo la forma de protestantismo, deísmo, etc*.», tal como sostiene Marx en *El Capital*.

El *proletariado* es la Idea-clase complementaria de la *burguesía*, y de la Teoría de Marx sobre la *Dictadura del Proletariado* en modo alguno puede deducirse que el *Comunismo* implique *fin consuntivo* alguno ni del Estado ni de la Filosofía. Burguesía y Proletariado son Ideas-clase recortadas por Marx a una escala cuya unidad de medida es el todo social atributivo, y no las partes de dicho todo (grupos sociales enclasados en clases distributivas en permanente proceso de corrupción conservativa de la estructura social enclasada de la burguesía: capitalista, terrateniente y obrera).

El estado morfológico de nuestro mundo se nos muestra así, proyectado por las imágenes sonoras que se producen para decirnos en qué consiste la realidad de los cuerpos reales que lo compactan, y que no son más que falsas apariencias de la realidad de dichos cuerpos, como un fenómeno ideológico que debe tener para nosotros un valor sagrado de contenido radial, como un fetiche. Y este gigantesco objeto hipostasiado de valor sagrado es el *objeto fetiche* de "los filósofos", que se dedican

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

artesanalmente a interpretar su significado construyendo mapamundis mitológicos que proyectan sobre él la luz que da el ilustrado brillo y esplendor a su verdad.

Y "los filósofos" nos muestran su objeto fetiche, el Mundo, como si ellos lo estuvieran percibiendo *a distancia* en perspectiva convexa, desde el entorno envolvente en estado lisológico (M) de su perfecto estado morfológico (M_i) verdadero visible y tangible. "Los filósofos" son aquí "encarnaciones" del Hombre Abstracto en funciones de «principio antrópico» trascendental trascendente al Mundo que "glorifican" el capitalismo con sus cuerpos egoiformes diminutos; unos cuerpos egoiformes diminutos que están filtrando de manera *consciente* una Materia M que no está por encima de su omnisciente inteligencia y «voluntad de verdad» motiva por una "pura" «pasión por lo verdadero». "Los filósofos" son aquí "encarnaciones" de "los científicos" que les han quitado la faena porque lo que "los científicos" saben hacer, «la ciencia», ya produce por sí solito, y sin que "los científicos" ni siquiera puedan saber que no pueden saberlo, lo que "los filósofos" se han dedicado a ser-hacer durante siglos de historia de la metafísica.

Este *Mundo fetiche* "los filósofos-científicos" (o "los científicos-filósofos"), verdaderos sofistas de nuestro tiempo, *nos lo muestran* como un Mundo que tiene una *estructura dual metafísica* exactamente idéntica a la estructura dual metafísica que para Aristóteles tenía el Cosmos *natural*. Pero no hay tal Cosmos *natural*. Este Cosmos *natural* es un mito oscurantista y confusionario. Solo en la existencia de un Dios que lo crea de la nada tiene posibilidades de existir. Y esto Marx lo tiene más claro que el agua. Porque para Marx no hay *Cosmos natural*. Hay Universo categorial (-institucional) antrópico movido por una «ley histórico natural», la «ley ontológica del valor». Hay «mundo de las mercancías», un mundo en el que *todo lo que es tiende* a ser mercancía sin limitación alguna que pueda frenar o detener esta tendencia teleológico-estructural α-operatoria. Y que todo lo que es tienda a ser mercancía con una tendencia que tiene una recurrencia histórico-institucional virtualmente ilimitada, significa que en el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» en el que esa tendencia teleológica se da por encima de la inteligencia y voluntad de "los filósofos" y de "científicos", todo lo que es tiende a estar íntegramente conceptualizado por la categoricidad de las instituciones científicas. Y este es nuestro Mundo realmente existente. El Universo categorial histórico discontinuo respecto de la anterior fase histórica de la apropiación y producción antrópica de la Idea de Materia mediante una falsa apariencia de su verdadera realidad.

En Aristóteles (y no en Platón) hay *dualismo ontológico* porque con Aristóteles, y no antes de él, comienza a fraguarse en serio sin pretensiones (emic) de mitologización formal alguna –como sí ocurre en el caso de Platón– la Idea de Materia dada en contextos ontológicos absolutos como una Idea referida a una realidad eternamente coexistente con Dios. Y esa Idea de Materia es la que siguen fraguando "los filósofos aristotélicos" que no se han enterado de que Marx le cortó la cabeza a Aristóteles, porque fue capaz de pegarle un hachazo al ordo essendi ontológico-ambital del ordo cognoscendi de toda la filosofía histórica moderna que lo dejó ya roto, partido para siempre.

Lo que es en realidad una *parte sensible e inteligible* a la vez del fenoménico estado morfológico de nuestro Mundo (parte sobre la que se supone que reflexiona el materialismo cosmológico por mediación de su inclusión en él del materialismo gnoseológico), estos verdaderos sofistas que son "los filósofos (-científicos) aristotélicos" de nuestro tiempo nos la muestran *como si* fuera realmente la *región ontológica* (incorruptible) *puramente inteligible* del estado morfológico de nuestro mundo *que contiene la presencia real de la Materia*. "Los filósofos aristotélicos" nos presentan así, mediante una falsa apariencia suya, esta *parte sensible e inteligible* a la vez del fenoménico estado morfológico de nuestro Mundo, porque sobre dicha supuesta *región ontológica puramente inteligible* del estado morfológico de nuestro mundo ellos han proyectado "al cielo", desde la superficie de "la tierra", la luminosidad de unas verdades científicas que han concebido metafísicamente *como si* fueran etéreos cuerpos celestes aristotélicos.

Lo que es en realidad una *región ontológica* del estado morfológico de nuestro Mundo (región sobre la que se supone que reflexiona el materialismo histórico), estos verdaderos sofistas que son "los filósofos-aristotélicos" de nuestro tiempo nos la muestran *como si* fuera realmente la parte terrestre *puramente sensible* y corruptible del estado morfológico de nuestro Mundo; una miserable (pero felicitaria) parte puramente sensible del estado morfológico de nuestro mundo, compactada en él por cuerpos científicos *fenoménicos* (el de las "ciencias humanas") que no son vistos (ahora desde la perspectiva cóncava inmanente al Mundo de estas miserables "encarnaciones" del Hombre Abstracto) como cuerpos realmente científicos, sino como falsas apariencias de la (supuesta por ellos) realidad (metafísica) de los cuerpos científicos que ellos han proyectado sobre "el cielo". Sin embargo en esta región ontológica *sensible e inteligible a la vez* (sin solución de continuidad alguna entre una cosa y la otra) del estado morfológico de nuestro Mundo (M_2), se encuentra la realidad de los fundamentos materiales por los que los cuerpos reales de las ciencias se sostienen en el ser dialécticamente entretejidos en *symploké*.

Esta falsa apariencia objetiva de la realidad de nuestro *Universo categorial antrópico* (o «mundo de las mercancías») es *la Idea de Mundo* de *estructura dual metafísica* e internamente contradictoria que hay que *deshacer* dialécticamente. Solo *deshaciendo* la estructura

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

dual metafísica e internamente contradictoria de *la Idea de Mundo* que es objeto fetiche de "los filósofos", se puede *rehacer* dialécticamente la estructura real del cuerpo de las ciencias. Al *deshacer* dialécticamente la estructura dual contradictoria de la Idea Metafísica de Mundo, objeto fetiche de valor sagrado para "los filósofos aristotélicos" que son en realidad los verdaderos sofistas de nuestro tiempo, el estado morfológico de nuestro mundo realmente existente, *sensible e inteligible* a la vez y todo él corruptible porque todo en él tiende a ser mercancía, se nos aparece siendo en realidad una *fase histórica* del proceso de apropiación y producción de la Idea de Materia que es *discontinua* respecto de las fases históricas anteriores de dicho proceso histórico, también *discontinuas* entre ellas

Las *fases históricas* del proceso de *apropiación* de la Idea de Materia y *producción* de la falsa apariencia objetiva de su realidad son fases discontinuas, porque no son fases del curso desplegado por el cuerpo de la esencia de la Materia, que no tiene ni puede tener nunca jamás *esencia* alguna que desplegar históricamente para nosotros, porque la realidad de la Materia (enigma indescifrable para nosotros) está en su dignidad ontológica –como lo está el *Bien* de Platón y la *Naturaleza* de Marx– por encima del ser esencia y de la verdad que sobre este ser-esencia es inteligible por nosotros.

Y de aquí viene *la defensa* que el *materialismo histórico contra el cientificismo* hace de una *verdadera ontología* de la apropiación y producción histórica de la Idea de Materia como fundamento de la realidad material del *mundo hecho* por «el hecho de la ciencia», contra quienes defienden una ontología verdadera de la Materia como fundamento material de la falsa apariencia de la realidad del *mundo hecho* por «el hecho de la ciencia».

La Historia de la Filosofía es la *historia ficción* de la *falsa filosofía* aristotélica desarrollada históricamente como corrupción de la esencia de la religión durante la fase terciaria de su curso. Y con esto resumo en este escrito la posición que mantuve en el coloquio de la charla, durante el debate con Tomás García López sobre la Idea de Mundo.

El *materialismo histórico contra el cientificismo* defiende una posición no filosófico-académica de cauteloso *escepticismo platónico* radicalmente *impío* frente a la actitud piadosa que "los filósofos aristotélicos" profesan ante el Mundo como objeto fetiche suyo. Platón está mucho más próximo al acosmismo de Demócrito (por el pluralismo del ser que éste implica) que al acosmismo de Parménides (por el monismo del ser que éste implica), y al decir esto tengo en cuenta que con Demócrito se cierra el ciclo histórico entero de la metafísica presocrática, y que con Platón se abre la posibilidad de una "nueva ontología" pluralista del ser. Y esta "nueva ontología" platónica es la aquí ha sido puesta en relación con la "nueva ontología" de la Producción de Marx, en la medida en la que ésta es una ontología para la que la realidad se produce siempre por mediación de las apariencias que la ocultan. Y al establecer esta relación de aproximación de la filosofía de Marx a la de Platón, tengo en cuenta también que con la "nueva ontología" de Marx se abre también la posibilidad de una "nueva ontología" pluralista del ser, tras haber cerrado Hegel con su consumación el proceso entero por el que se caracteriza la filosofía moderna, a saber: *la inversión teológica*, proceso al que Marx invierte, a su vez, dándole «la vuelta del revés». Si se da la «vuelta del revés» a Marx para seguir desarrollando nematológicamente el jueguecito este que se llevan entre manos "los filósofos" de la *inversión teológica*, está Hegel esperándonos a la vuelta de la esquina.

§ 5. La legislación filosófico-mundana de "los científicos" sobre el objeto fetiche de "los filósofos"

El *materialismo histórico contra el cientificismo* propone llevar a cabo el análisis de la génesis del fundamentalismo científico, desde la distinción dialéctica entre el *momento nematológico* y el *momento tecnológico* de los procesos de institucionalización de las verdades científicas, concebidas como sustratos institucionales hilemórficos cuya entidad sustantiva actualista tiene como fin constitutivo abierto suyo a la tecnología.

El momento de importancia institucional tecnológica de los procesos de institucionalización de las verdades científicas (el «rito»), bloquea el regressus al otro momento suyo de importancia institucional nematológica (el «mito»), ocultando con el bloqueo lo que sin él podría ser visto, a saber: que la dogmática fundamentalista que produce la nematología del cientificismo tiene su génesis en el proceso mismo de institucionalización o cristalización de las verdades científicas a partir de los núcleos tecnológicos determinantes de su constitución.

Y es que el fundamentalismo científico tiene fundamentos reales. Y estos fundamentos reales son los mismos fundamentos materiales que sostienen el hecho lógico-material de la ciencia realmente existente. El fundamentalismo científico es miseria filosófica porque es constitutiva del hecho lógico-material mismo de la ciencia la corrupción de la Idea de Materia; Idea de Materia de la que la ciencia se apropia para producirla exclusivamente a partir de ella misma, a partir de sus propios criterios.

¿Es legítima esta apropiación a partir de la cual la ciencia produce la apariencia de construcción de un Mundo verdadero? No, no lo es. Y no lo es porque la Idea de Materia con significado dado en un contexto ontológico absoluto, desligado de los contextos tecnológicos de trasformación de los géneros de materia determinada, no sale de la realidad mundana. Y no sale de la realidad mundana

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

porque es una Idea producida por la Teología Dogmática cristiano-católica, una Idea de origen teológico; y en las Ideas su origen es indisociable de su estructura. Por tanto, tampoco es legítimo que esa apropiación se lleve a cabo por parte de un racionalismo filosófico "puro", radicalmente desmitologizador, que ponga a la Idea de Materia, disociada de su origen histórico, como canon de la verdad que nos ofrecen las verdades científicas; unas verdades científicas concebidas, además, desde dicho racionalismo filosófico "puro" desmitologizador, como esencias "puramente" lógicas (formales) a las que les falta su materia, su cuerpo.

No es la Materia M sino el Mundo M_i aquello que está en juego en la disputa con el fundamentalismo científico. Meter a la Materia M en esta disputa, es ya ponerse a jugar a lo que el propio fundamentalismo científico juega. Y lo que el *materialismo histórico contra el cientificismo* defiende es que el fundamentalismo científico está fuera de juego, y que cualquier gol que pretenda meterle a la Materia M es ilegal y no hay que darlo por bueno. La Materia M está fuera del alcance del foco con el que la ciencia ilumina al Mundo M_i, proyectando sobre él la luminosidad de las verdades científicas. Las verdades científicas no nos muestran con su luminosa claridad absolutamente nada de lo que es la Materia M. Las verdades científicas, como cualesquiera otras unidades morfológicas (o estromas) enclasadas en nuestro Mundo M_i que nos muestran en su anverso su faz visible y tangible, mantiene oculta a la Materia M como reverso suyo.

La apariencia de presencia inteligible de la Materia en la faz visible y tangible de nuestro mundo es una falsa apariencia de la realidad de la Materia. Las unidades morfológicas (o estromas) enclasadas en M_i constan de contenidos enclasados que nos muestran positivamente en sus anversos, pero además dichos estromas también constan de contenidos *no enclasables* que desbordan la realidad del Mundo M_i desde el Mundo mismo. La Materia M no envuelve al Mundo M_i, no lo trasciende, es inmanente a él pero está a una *distancia* de él *no medible* racionalmente, una no-distancia que nuestro miserable, canalla y feliz «mundo de las mercancías» no deja abierta para el enigmático ignoramos e ignoraremos siempre lo que es la Materia.

La construcción científica de un Mundo en el que la Materia aparece haciendo del Mundo construido un Mundo verdadero, es la construcción misma de un Mundo en el que la aparición inteligible de la Materia en lo sensible es, precisamente, la falsa apariencia de la verdadera realidad del Mundo. Los géneros de materia determinada en contextos tecnológicos de transformación de dicha materia en una pluralidad discontinua de círculos operatorios disyuntos entre sí, no son enclasamientos de la realidad de la Materia M ontológico-general. Los géneros de materia determinada son el lisado real de los enclasamientos reales (categoriales, morfológicos) de las unidades morfológicas que ocultan, cada una de ellas, distributivamente, a la Materia M en sus reversos como contenido de ellas mismas no-enclasable en ellas. La Materia M es el lisado del lisado ontológico-especial de los enclasamientos morfológico-categoriales (reales) de las unidades morfológicas que nos muestran en sus anversos la faz visible y tangible de nuestro Mundus adspectabilis. Un Mundus adspectabilis al que la Materia M no tiene como referencia de su significado gnoseológico puramente negativo. La Materia M es el lisado de la génesis gnoseológica de los géneros de materia determinada a partir de los sectores sintácticos del espacio gnoseológico de los cuerpos científicos. La construcción de estos cuerpos no contiene Materia M. La Materia M es la negación misma de la posibilidad de que la materia de los cuerpos científicos contengan Materia; la negación de la posibilidad de construcción de cuerpos científicos que contengan en la materia de sus cuerpos Materia ontológico-general M.

El *materialismo histórico contra el cientificismo* expone la transformación fundamentalista de los fundamentos reales (a quo) de las ciencias, en otros fundamentos aparentes (ad quem) suyos que ocultan los fundamentos reales de partida, y que *producen* la falsa apariencia de la realidad del *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia»; unos fundamentos reales (materiales) segundogenéricos, que sostienen encauzadas las razones radiales (tecnológicas) circulares (económico-políticas) y angulares (teológicas) que fluyen continuamente por la estructura real del cuerpo «lógico-material» de las ciencias realmente existentes. Unos cuerpos reales, los de las ciencias categoriales, sobre los que se asientan, a su vez, las capas de los cuerpos políticos de los Estados democráticos; unas capas, las del poder político del cuerpo de los Estados, por las que continúan fluyendo las razones radiales, circulares y angulares encauzadas por los fundamentos materiales que sostienen entretejidas en symploké a las ciencias categoriales. Y este es, precisamente, el peligro real que la expansión del fundamentalismo científico "imperialista" implica. Un peligro real para la salud política del cuerpo del Estado. Pues para la dogmática de ningún cuerpo de doctrina filosófica el fundamentalismo científico supone peligro alguno. Y prueba de ello es que así lo ven, efectivamente, muchos filósofos para los que el fundamentalismo científico es poco más que una cosa que llevan entre manos un puñado de científicos pirados, a los que se les curaría la "locura fundamentalista" poniéndolos a leer los cinco tomos publicados de la *Teoría del Cierre Categorial.*

El *materialismo histórico contra el cientificismo* trata de explicar por qué la materia ontológico especial segundogenérica es el entorno envolvente conformador, sobre cuyo fondo las ciencias se recortan mutuamente sus contornos categoriales limitándose las unas a las otras. Las ciencias no están limitadas por ningún entorno envolvente dado con anterioridad lógico-material a sus propios entretejimientos mutuos. Los géneros de materia determinada, entretejidos a vez a través de los

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

entretejimientos de los cuerpos científicos, brotan, tienen su génesis, en los cuerpos científicos mismos, y por eso «la ciencia» produce "espontáneamente" estos géneros de materia determinada como Ideas metafísicas. «La ciencia» es un saber-hacer que no busca *conocer* estas Ideas metafísicas. Las *construye* de hecho. Y por eso «la ciencia» es *construcción* de la realidad (gnoseología) y no meramente su *conocimiento* (epistemología).

La cuestión es que este entorno material envolvente conformador de los entretejimientos entre las categorías científicas lo segregan las propias ciencias de sus respectivos dintornos, al segregar de sus campos operatorios los fines durante los procesos de cristalización en ellos de las verdades científicas a partir de sus núcleos tecnológicos constituyentes.

Una vez cristalizadas las verdades científicas, las propias categorías científicas segregan del dintorno sus campos operatorios el material de su entorno conformador envolvente que se va acumulando en torno a ellas. A este entorno conformador envolvente que se va acumulando en torno a ellas, las categorías científicas van segregando los fines (las razones) acumulados en el material de los núcleos tecnológicos constituyentes de la cristalización de las verdades científicas en sus cuerpos, produciendo así la apariencia de que sus cuerpos están vacíos de dichos fines.

Una vez segregado este entorno material envolvente conformador de los entretejimientos por los que las categorías científicas ontológicas se sostienen en el *ser* sin necesidad de ser ninguna de ellas "sustancias autónomas", los núcleos constituyentes tecnológicos de la cristalización de las verdades científicas "se alejan" de los dintornos de las categorías y "se aproximan" a su entorno material conformador, produciendo así la apariencia de que sus contornos se recortan perfectamente, con absoluta claridad, en relación a la oscuridad de su entorno material envolvente conformador.

Pero en este entorno material envolvente se encuentran encauzadas las razones (histórico-antropológicas) por las que la categoría científica de referencia puede seguir su propio proceso infecto de desarrollo morfológico de su cuerpo real. La categoría científica "se aleja" distanciándose críticamente del oscuro fondo material del entorno que la envuelve compactando su morfología infecta, pero este "alejamiento" o "distanciamiento crítico" respecto del material envolvente de su entorno, no implica en ningún caso que la categoría de referencia pueda "cerrarse" sobre sí misma "cortando" su vínculo esencial con los fundamentos materiales que la sostienen entretejida a otras categorías y destejida de otras (*symploké*).

Las categorías científicas ontológicas no necesitan para serlo efectivamente "cerrarse gnoseológicamente" de ese modo, ni tampoco "cortar epistemológicamente" su vínculo esencial de ese otro con la propia producción nematológica que ellas mismas producen en la lucha por la supervivencia institucional por mediación de la cual se entretejen limitándose las unas a las otras (dialéctica de las ciencias).

La presencia real de distancia en relación a la realidad de la Materia M (cuando en realidad lo que hay entre el *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» y la Materia M es la no-distancia, es decir, ausencia de relación o fundamento alguno) es precisamente la falsa apariencia de ausencia de distancia entre las categorías científicas ontológicas y su entorno material segundogenérico conformador del entretejimiento de sus contornos. La producción de esta falsa apariencia de la presencia de la realidad de Materia en ellas, es constitutiva de la propia realidad de las categorías científicas ontológicas. Sin esta producción histórico-institucional del significado que para nosotros *debe tener* la Idea de Materia, las ciencias no serían ciencias. Sin la legislación filosófico-mundana que imponga un canon de la verdad acerca de lo que *debe ser* la Materia para nosotros, las ciencias no serían las ciencias realmente existentes. Serían otra cosa. Pero esa legislación filosófico-mundana las ciencias la imponen a través de la producción del momento de su realidad que tiene una importancia institucional nematológica para ellas. Y esa producción es, precisamente, la producción de la dogmática del fundamentalismo científico. Una producción que está en la génesis misma de los procesos de institucionalización de los núcleos tecnológicos constituyentes de los puntos de cristalización de las verdades científicas en el cuerpo real de las ciencias; unos núcleos que –como ya dije anteriormente– acumulan el material ontológico especial segundogenérico que encauza las razones (o concausas) institucionales antropológicas (radiales, circulares y angulares) por las que las ciencias se sostienen entretejidas unas con otras, y que siempre van a seguir fluyendo por el cuerpo real de las ciencias a través del desarrollo procesual del cuerpo de las verdades científicas concebidas como esencias materiales.

Los fundamentos materiales segundogenéricos (M_2) de las ciencias dados «ordo rerum» como fundamentos *a quo* y *ad quem* mixtos a la vez ontológicos y gnoseológicos, son transformados en fundamentos *a quo* puramente ontológicos concebidos como fundamentos primogenéricos (M_1) que sostienen encadenamientos de causas radiales físico-químicas alcanzadas mediante metodologías α_2-operatorias. Pero la operación de transformación fundamentalista de los fundamentos reales de las ciencias en otros falsos fundamentos aparentes suyos no termina aquí. Los encadenamientos de causas radiales físico-químicas alcanzadas mediante metodologías α_2-operatorias son encauzados, a su vez, en otros fundamentos *ad quem* suyos esta vez puramente gnoseológicos, concebidos como fundamentos (M_3) terciogenéricos (con predominio en ellos de nuevo del eje radial) a través de los que las cadenas de causas radiales físico-químicas estarían penetrando, mediante

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

el regressus a factores matemáticos α_1-operatorios, en la realidad misma de la Materia M que sostiene al Mundo M_1 como fundamento último suyo.

"Los filósofos" que tienen al *mundo hecho* por el «hecho de la ciencia» como *objeto fetiche* suyo, no pueden *desobedecer* a la legislación filosófico-mundana que sobre su *objeto fetiche* produce «la ciencia». De hecho la obedecen produciendo críticas al fundamentalismo científico que no son más que formas dogmáticas de *criticismo* fundamentalista que tienen un sabor aristotélico-kantiano repugnante.

§6. Final

A medida que iba escribiendo este resumen de las tesis del *materialismo histórico contra el cientificismo*, iba dándome cuenta de que el escrito iba cogiendo la forma de algo así como un *panfleto contra la ciencia y la filosofía realmente existente*. Y se me ocurrió que no podía poner mejor final a este polémico panfleto que no fuera el contenido de este texto de Gustavo Bueno escrito en *Qué es filosofía* que reproduzco a continuación. Recordando en relación a él a los lectores de este escrito mío que ahora finaliza, que donde el texto de Gustavo Bueno dice «ciudad», acaso podría decirse también «democracia capitalista», y que las democracias capitalistas realmente existentes asentadas en el «hecho de la ciencia» como soporte básico suyo, son nuestras sociedades regidas históricamente por la «ley natural» que las organiza como «imperios» que, en su conjunto, constituyen el «Imperio Universal del Hombre»:

> « (…) Ocurre simplemente que la unidad de este género humano totalizado no es la unidad armónica de una comunidad, sino la de una sociedad universal organizada sobre la base de la explotación de unos hombres o de unos pueblos por otros. (…)
>
> En cualquier caso conviene salir al paso, en este punto, del uso ideológico, muy frecuente entre profesores de filosofía, que suele darse a la teoría de la conexión entre la «ciudad» y la filosofía. No se trata de poner en duda una tal conexión: la crítica va dirigida a las exposiciones de esta cuestión llevadas a cabo mediante el procedimiento de «poner entre paréntesis» ciertas determinaciones de las cuales la teoría de referencia no debiera desentenderse, principalmente las que tienen que ver con la guerra y con la violencia. Quienes subrayan el carácter cívico (o ciudadano) de la filosofía suelen hacerlo sobreentendiendo una ciudad metafísica que engloba a las ciudades de todos los tiempos, una ciudad intemporal, concebida ad hoc para ser convertida en el ámbito democrático de una convivencia dialogante en la que sea posible una «ética del discurso racional» en un ambiente de tolerancia, de amistad, de buenas maneras, de urbanidad y de paz perpetua. Precisamente (se presupone) la filosofía, como proceso incorporado a la educación ética y racional de los hombres, habría nacido en este ámbito ciudadano, y sólo en este ámbito podría seguir viviendo. La misión que, según este modo de ver las cosas, cabría asignar a los profesores de filosofía en cuanto educadores de los hombres que actúan «en la ciudad» —en la democracia, se sobreentiende— sería la de colaborar a esta convivencia pacífica universal mediante el ejercicio del diálogo racional y tolerante, respetuoso con cualquier tipo de opinión, y orientado a formar el «juicio libre» de los ciudadanos, pero sin dogmatismo alguno, sobre las cuestiones consideradas fundamentales que se suscitan necesariamente desde la ciudad y en la ciudad.
>
> Ahora bien, el efecto principal de semejante ideología de la tolerancia —que es una ideología propia de las clases privilegiadas, incluyendo en ellas a la masa creciente de trabajadores convertidos en rentistas a raíz de su prejubilación o jubilación— no es otro sino el de desplazar las ideas de racionalidad y de dialéctica hacia el «reino de los discursos» que pueden tener lugar en la ciudad metafísica. Se procede así como si fuera posible establecer una disociación entre el reino de los discursos (que es, sin duda, un mundo real) y un reino de las decisiones (industriales, políticas, militares, &c.). Supuesta esa disociación se asignará, desde luego, la racionalidad (y la filosofía) al reino de los discursos, un reino que comprenda, como provincias suyas, no sólo a los discursos de la escuela, sino también a los del Parlamento, a los discursos y debates de los periodistas y de las tertulias privadas o públicas en los medios. No es que la racionalidad (o la filosofía) se destierre con esto del mundo de las decisiones; lo que se supone es que los ciudadanos, «educados éticamente» en el proceso del discurso racional-universal, actuarán en consecuencia como sujetos preferidores racionales y tolerarán las inconsecuencias como males menores y pasajeros con los que será preciso contar. Se corresponde bastante bien esta situación ideal con la idea de libertad democrática en el sentido formal, objetivo, «postmoderno». Los ciudadanos habrán alcanzado su madurez política y su libertad democrática cuando puedan expresar públicamente sus opiniones, tolerando y respetando las opiniones ajenas, cuando puedan organizarse en partidos o en grupos para defender sus proyectos sometiéndolos al juego democrático y buscando la persuasión pacífica de los demás ciudadanos. Mientras tanto, la estructura de la ciudad seguirá su propio curso, obedeciendo a leyes casi naturales que rigen su realidad contradictoria: diferencias de clases sociales, de profesiones, de razas, relaciones de explotados y explotadores, de culturas privilegiadas y de culturas inferiores, de edades, de sexos, de religiones, de organizaciones terroristas y de actuaciones de la policía o del ejército. Instalados en el reino del discurso, la racionalidad y la filosofía habrán de conocer también, sin duda, las cosas del reino de las decisiones, pero sin bajar a la arena, porque esto sería salirse de las fronteras del propio reino racional. Actuarán, eso sí, sobre los ciudadanos, cuya educación tienen encomendada en parte muy importante, según los métodos de la actuación racional, entendiendo por tal la que utiliza el discurso de palabras y la persuasión. Obviamente el axioma filosófico que inspira este modo de ver las cosas es el axioma de la armonía profunda entre las sociedades y las culturas humanas, axioma que envuelve también la confianza en la racionalidad de los hombres y los pueblos, y en su capacidad para mantenerse mediante el diálogo y el consenso en la kantiana (y premarxista) «paz perpetua». Como si el consenso y las prácticas pacíficas sobrevenidas entre los hombres a la par de su desarrollo económico y

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088

social no hubiera sido el principio de la diferencia de clases y de la explotación de unos hombres por otros, así como de la diferenciación y contrastación entre las diferentes culturas.

Pero estos axiomas piden el principio, el principio de que la racionalidad deba circunscribirse al reino pacífico del discurso, como si la persuasión, en particular la persuasión sofística (la propaganda actuante cada vez más a través de los medios), no fuese el producto más refinado de la violencia y del engaño; como si la persuasión ética, es decir, la exhortación al comportamiento ético de los individuos, no actuase ella misma por la vía de la presión del grupo (de una presión moral), que es de donde brota la «fuerza de obligar» de las propias normas éticas. Los axiomas de referencia presuponen, en resolución, la posibilidad de disociar los discursos y las cosas que en ellos están implicadas, como si los discursos, las palabras y los pensamientos, no estuviesen ellos mismos entre las cosas, entre sus estructuras y procesos. Como si la «pacífica convivencia» implicada, con todo el calor dialéctico filosófico del aula o de la tertulia, fuese posible sin que el orden público de la ciudad se encargase de hacer guardar el silencio de los arrabales, de donde proceden los alimentos necesarios para mantener la energía de quienes debaten, acaso con pasión, en la paz de las escuelas y de las tertulias. De una ciudad que, además, forma parte de una sociedad política, si no es ella misma ya un Estado. Dicho de otro modo, la «ciudad» implica aparatos de control dispuestos a utilizar la violencia en cualquier momento. Si se condena a los terroristas que amenazan el orden de la ciudad o del Estado, no se les condenará por violentos, puesto que entonces habría que condenar también a la violencia de la policía o del ejército que los reprime, sino por el contenido de esa violencia. ¿No son los contenidos, más que la violencia misma, los que pueden llamarse racionales o irracionales? El objetivo de conseguir que algunos centenares de miles de ciudadanos ordenen su vida hablando la «lengua del paraíso», ¿puede considerarse como un contenido de una violencia racional? Según esto ni siquiera la guerra, o la revolución violenta, podrían ser trasladadas, como a su propia patria, al reino de lo irracional, o al reino de las sombras, en el que la filosofía no podría ya ver nada, ni siquiera a título de «lechuza de Minerva». Al menos, la ciudad de Platón y de Aristóteles, la ciudad en la que nació la filosofía, es una ciudad que se concibe como rodeada de bárbaros o de otras ciudades enemigas, y se concibe también preparada para la guerra. Se podría reescribir la historia de la filosofía (por no decir de la ciencia) desde la perspectiva del aforismo de Heráclito —la guerra es el origen de todas las cosas—, como una historia que está vinculada estrechamente con la guerra, en cuanto institución que aparece, en toda su plenitud, precisamente en la «civilización». «Civilización», en efecto, no dice «paz», salvo que esta paz se considere circunscrita al interior de la civitas (del Estado que ha pacificado las tribus en guerra hobessiana). Pero la «paz civilizada» ha sido, a su vez, el principio de las guerras históricas y, en concreto, de las guerras mundiales de nuestro siglo. Quien crea que el conceder a las guerras la condición de posibles episodios del [58] «proceso racional» de la civilización equivale a una «apología de la guerra» es porque cree que la racionalidad sólo puede respirar en el reino de los pensamientos o de los discursos. Es porque mantiene una concepción idealista o espiritualista, no materialista, de la racionalidad. Sin duda, la crítica a la idea del Estado de justicia universal de todos los hombres por medio de la razón —al modo de Rawls o de Habermas—, resulta obligada para la filosofía crítica, aun cuando esta crítica pueda comprometer la teoría de la «democracia objetiva» en cuanto sistema definitivo «elegido racionalmente» por el pueblo, y pueda contribuir a poner en peligro la perpetuación indefinida del diálogo civilizado que transcurre plácida o animadamente en la «aldea global» o en las aulas, que tejen sus frases mientras la injusticia, la opresión, la miseria reina un poco más lejos. Pero (para decirlo con Engels) «el señor Dühring no sabe una palabra de que la violencia desempeña también otro papel en la historia, un papel revolucionario; de que, según la palabra de Marx, es la comadrona de toda vieja sociedad que anda grávida de otra nueva».

A "los filósofos" especialistas en «filosofía de la ciencia» que mantienen "inmaculada" a la gnoseología "pura" secuestrada en el «reino de los discursos», no fuera a ser que se les manchase un poco de materia institucional "sociológica" o "socio-histórica" "externa" a la "lógica gramatical" de las ciencias, no les vendría nada mal recordar, de vez en cuando, este texto escrito por un verdadero filósofo que no defendía a su patria, España, en tanto que filósofo, sino en tanto que español capaz de hacer, por su bien y por el bien de su patria, verdadera filosofía crítica demoledora de los mitos oscurantistas y confusionarios de nuestro presente. Como el mito del Hombre Abstracto al que la Ciencia "hace" Omnisciente.

Estos "los filósofos aristotélicos" se comportan ante las verdades científicas de forma muy semejante a como se comportan ante las mercancías, los expertos que tienen de ellas un conocimiento pericial fundamentado en los *rituales tecnológicos* de su fabricación, y no quieren saber nada de las *Ideas mitológicas* que están presentes en dichos rituales. Sin embargo, las verdades científicas también son mercancías y las mercancías, como dijo Marx, son «objetos muy intrincados, llenos de sutilezas metafísicas y de resabios teológicos».

Los "filósofos aristotélicos" no quieren saber nada de este momento esencial de las verdades científicas. Se comportan ante ellas como piadosos peritos expertos en los rituales de "neutralización de las operaciones" y "segregación de los componentes subjetuales" que eliminan los fines de las verdades científicas como "excrecencias plúmbeas" de ellas que ocultan su maravilloso áureo brillo. Ahí se detiene su «voluntad de verdad» y su «pasión por lo verdadero», porque ahí, en la justificación de la veracidad de esos rituales tecnológicos de fabricación de las verdades científicas está «la verdad» de su *conocimiento* sobre ellas basado en su filosofía de la ciencia. No quieren pensar más. Les basta con pensar su pensamiento porque creen que a Marx se le ha cortado la cabeza con la «vuelta del revés» de Gustavo Bueno.

Recibido: 11-4-2017

Aceptado: 18-4-2017

Andrés González Gómez. «El materialismo histórico contra el cientificismo»
El Basilisco, nº 48 (2017), págs. 5-37. ISSN 0210-0088